
FERTILIZACIONES CRUZADAS ENTRE LA PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA CIENCIA Y LOS ESTUDIOS FEMINISTAS DE LA CIENCIA CROSS FERTILIZATIONS BETWEEN SOCIAL PSYCHOLOGY OF SCIENCE AND SCIENCE FEMINIST' STUDIES

Silvia García Dauder

Universidad Rey Juan Carlos

Facultad de Ciencias de la Comunicación
Campus de Fuenlabrada
Camino del Molino s/n
28943 Fuenlabrada
Madrid España
dauder26@hotmail.com

Resumen

Con este artículo se ha pretendido poner en diálogo ciertas derivaciones de la "psicología social de la ciencia" con diferentes aportaciones dentro del heterogéneo campo de los "estudios feministas de la ciencia". Todo ello con un fin reflexivo sobre la propia disciplina: analizar cómo la estructura de género atraviesa las prácticas de producción de conocimiento psicológico construyendo en dicho proceso sujetos y objetos de conocimiento sexuados. Se recoge asimismo la relevancia que en las epistemologías feministas cobra el estudio sobre la conformación de subjetividades en la producción de la ciencia. Así como el papel de las diferentes posiciones de sujeto de conocimiento y su necesaria inclusión democrática para un conocimiento más objetivo y justo socialmente.

Palabras clave: Psicología social, Epistemología, Feminismo

Abstract

This article tries to articulate certain drifts in "social psychology of science" with different contributions from "feminist studies of science". This is done in a reflexive aim in order to analyse how gender structures intersect the practices of psychological knowledge production. In this process sexual subjects and objects of psychological knowledge are constructed. It is also stressed, the relevance given in feminist epistemologies to the analysis of subjectivities conformation in the production of science. As well as, to the role of diverse subject-knowledge-positions and its necessary democratic inclusion for a more objective and social fair science-psychology.

Keywords: Social psychology, Epistemology, Feminism

El objetivo principal de este artículo es poner en diálogo ciertas derivaciones de la “psicología social de la ciencia” con diferentes aportaciones dentro del heterogéneo campo de los “estudios feministas de la ciencia”. Todo ello con un fin reflexivo sobre la propia disciplina: analizar cómo la estructura de género atraviesa las prácticas de producción de conocimiento psicológico construyendo en dicho proceso sujetos y objetos de conocimiento sexuados.

El artículo plantea un repaso particular sobre los estudios psicosociales de la ciencia centrándose fundamentalmente en las derivas realizadas desde la sociología de la ciencia y del conocimiento científico. Posteriormente recoge estudios críticos o historiográficos sobre la propia psicología, que desde perspectivas marxistas, dialécticas o foucaultianas han utilizado a mi entender ciertas concepciones de una “psicología social crítica del conocimiento científico-psicológico”. De forma paralela y con escasos diálogos, desde los estudios feministas de la ciencia se ha experimentado una cierta transición desde los análisis sobre “la situación de las mujeres en la ciencia” –estudios de corte estadístico y sociológico principalmente- a los estudios sobre “la ciencia en el feminismo” y el desarrollo de las epistemologías feministas.

En el ámbito de la psicología, y fundamentalmente a partir de la llamada “segunda ola del feminismo” en los años 70, emergen toda una serie de estudios sobre la situación de las mujeres como grupo en la psicología, como *sujetos* y como *objetos* de estudio en cuyos análisis comienzan a ser relevantes los estudios psicosociales e historiográficos feministas. El “giro naturalista” que también afecta a la crítica del empirismo feminista abre un espacio para el desarrollo de análisis psicosociales feministas que comienzan a plantear otros abordajes sobre el papel de la subjetividad en la producción del conocimiento. Se evidencia la inherente relación entre “subjetividad” –entendida como posiciones de sujeto socialmente situadas- y “objetividad” –la producción de un conocimiento más adecuado y mejor. Desde las epistemologías feministas la objetividad queda redefinida como conocimientos situados y responsables, cobrando un papel relevante el análisis de las exclusiones en la producción del conocimiento y las negociaciones entre diferentes perspectivas: la objetividad del conocimiento se vincula así con la democratización del mismo. La propuesta política de una psicología feminista también apunta a este proceso de democratización de la disciplina –tanto en sus sujetos como en sus contenidos- que contribuya a una psicología más “objetiva” y más justa socialmente.

DE LOS ESTUDIOS PSICOSOCIALES DE LA CIENCIA...

El análisis exclusivamente filosófico del conocimiento con su concepción *trascendental-universal-racional-objetiva-autónoma* del sujeto cognoscente ha sufrido sucesivos procesos de relativización histórico-socio-psicológica (Florencio Jiménez Burillo, 1997). La ciencia, como *conocimiento* científico que es, no ha sido inmune a ello a pesar de su supuesto privilegiado carácter epistémico. La paradoja es que la propia ciencia –esta vez en forma de “meta-ciencia”- se ha presentado como sustituta de la epistemología filosófica para analizarse a ella misma y en sus mismos términos: el científicismo del análisis de la ciencia ha desmontado su propia racionalidad lógica (José A. López Cerezo, José Sanmartín y Marta González, 1994). La filosofía de la ciencia ha dejado de ser el único árbitro de análisis y evaluación científica, y múltiples ciencias –entre ellas la psicología, pero también la biología, la antropología o la sociología- se han presentado como “epistemologías naturalistas” en un proceso histórico-académico no ajeno a luchas políticas disciplinares.

Desde el empirismo lógico de la *concepción heredada*, la separación entre factores internos y externos -cognitivos y sociales- en la ciencia, junto con la separación entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación, proporcionaron la delimitación de dos disciplinas cuyos objetos de estudio resultaban perfectamente discernibles: por un lado, una *filosofía "interna" de la ciencia*, filosofía justificacionista de la verdad y la evidencia –con su correspondiente historia de las ideas, una historia lineal y acumulativa de reconstrucciones racionales-; por otro lado, una *sociología "externa" de la ciencia*, una sociología del error o de la "mala ciencia" y de los planteamientos de problemas. Limitados todavía por esta distinción y circunscritos a esa sociología de lo "externo" o del "error" en la ciencia, los análisis institucionales de Robert Merton y de su escuela –especialmente los análisis de Harriet Zuckerman- han proporcionado un referente nada desdeñable para futuras investigaciones psicosociales. Más que el establecimiento de un *ethos* científico normativo –la clásica tesis de los Cudeos: "universalismo, comunismo, desinterés y escepticismo organizado"-, lo que a mi entender resulta rescatable para un análisis psicosocial de la ciencia son los análisis mertonianos sobre la organización social de los científicos: sus pautas de conducta y de intercambio en torno a valores y normas, sus ambivalencias axiológicas, la importancia del reconocimiento público entre pares y sus relaciones con la excelencia, y muy especialmente sus descripciones sobre las pautas de estratificación social y las desigualdades entre los científicos –entre ellas, el llamado "efecto Mateo"- (Merton, 1960/1985, 1963/1985, 1968a/1985, 1968b/1985).

Pero será fundamentalmente a partir del giro socio-historicista kuhniano, que la historia, la sociología y la psicología se conviertan en disciplinas relevantes en el estudio sobre las comunidades científicas. La rígida separación entre factores internos y externos, entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación, se difumina, y con ello las fronteras clásicas entre especialidades académicas. La ciencia entendida como *teorías* científicas o conjuntos de enunciados racionales y ahistóricos, es analizada por Thomas Kuhn (1962/1995) como *prácticas sociales* de científicos agrupados en *comunidades* socio-históricamente situadas, donde se alternan períodos acrílicos de dogmatismo paradigmático y períodos de crisis y cambio. Los análisis psicosociales encuentran en *La estructura de las revoluciones científicas* un lugar privilegiado para comprender tanto la permanencia de un paradigma –vulnerando constantemente el *ethos* científico mertoniano-, como los períodos "revolucionarios" de ciencia extraordinaria. En el primer caso, Kuhn resalta la importancia de la educación y de la socialización profesional –fundamentalmente vía libros de texto-, los procesos grupales dentro de la comunidad científica para alcanzar consensos, o los prejuicios, tensiones y resistencias cognitivas de los científicos a consecuencia de las presiones dogmáticas de una tradición comunitaria que canaliza los problemas y las soluciones pensables y aceptables. En el segundo caso, apela a la psicología de la *gestalt* para entender los procesos de "conversión", a la psicología de persuasión de masas aplicada a la comunidad científica, y analiza la posición privilegiada de los jóvenes menos "entrampados" con la tradición de la ciencia normal. Kuhn, en definitiva, abre un espacio interdisciplinar donde se incorporan los análisis psicosociales de la ciencia al entenderla, no como un conjunto de teorías elaboradas "al vacío" por científicos individuales, racionales y autónomos, sino como prácticas sociales en el seno de una comunidad científica.

No obstante, el cambio "gestáltico" que supuso Kuhn vino precedido por una reacción antipositivista que ya comenzaba a apuntar espacios de análisis psicológicos y psicosociales en el estudio de la ciencia. El segundo Wittgenstein había recuperado el papel del lenguaje -no ya representativo como defendió en su primera etapa, sino pragmático- afirmando que toda verdad es intersubjetiva y dependiente del contexto de uso –de "formas de vida", con sus "juegos del lenguaje" y sus reglas convencionales -. Por otro lado, el argumento de la *carga teórica de la observación* de Hanson, el

paso del “ver qué” al “ver cómo” o el reconocimiento de filtros ópticos en función de los diferentes artefactos teóricos, implicaba entre otras cosas reconocer la relevancia de los estudios sociocognitivos sobre la percepción. El argumento de la *infradeterminación de la teoría por la experiencia* de Duhem-Quine, especialmente en situaciones de incompatibilidad teórica y equivalencia empírica en episodios de controversias científicas, requería acudir a factores sociales para explicar las resoluciones. De esta forma, se resaltaba el carácter intersubjetivo y pragmático-contextual de las verdades científicas, se asumía la importancia de variables cognitivas en la observación de los hechos y se asumía que en determinadas situaciones de competencia entre teorías era la comunidad científica, y no la naturaleza-realidad, quien marcaba los criterios para decidir sobre su aceptabilidad.

Pero la “revolución” kuhniana dio pie a su vez a lo que se ha denominado el *giro naturalista* en el estudio de la ciencia: la aplicación de la ciencia a su propio estudio. Los conocimientos científicos de la psicología podían ser de utilidad para explicar tanto el comportamiento individual como el social de los propios científicos. Willard Van Orman Quine (1969) será uno de los principales defensores de la transformación de la epistemología en una ciencia psicológica cognitiva-experimental, impulsando toda una serie de estudios empíricos de psicología de la ciencia sobre las cogniciones individuales de los científicos (Ronald Giere, 1988; William Shadish y Steve Fuller, 1994). Pero más que las tradiciones empíricas y cognitivas quineanas de psicología “básica”, de especial interés para este trabajo son las derivaciones psicosociales –empíricas o no- del trabajo de Kuhn. Por ejemplo, la aplicación realizada por Mulkay (1969/1980) de la teoría sociocognitiva de Festinger –en términos de “fuerte necesidad de consonancia cognoscitiva” en la ciencia- para desmontar los imperativos mertonianos y mostrar la rigidez cognoscitiva de los científicos producto de una socialización y educación dogmática. Este autor defendió el potencial innovador de los científicos prácticos y de los “híbridos en cuanto a roles” –lo que más tarde la socióloga feminista Dorothy Smith (1987) denominó posiciones de “conciencia bifurcada”-. Resaltó el carácter epistémico privilegiado para el “descubrimiento de nuevos campos de ignorancia” de estas posiciones abiertas y trans-fronterizas gracias al potencial creativo de la “interacción de marcos normativo-cognoscitivos divergentes” y las “fertilizaciones cruzadas”.

En el ámbito de la sociología, el giro naturalista proporcionó un desplazamiento de la *sociología de la ciencia* de inspiración funcionalista-mertoniana a la *sociología del conocimiento científico*. El análisis sociológico abre la caja negra de los *contenidos* científicos y se introduce en los procesos de la ciencia *haciéndose* en su cotidianeidad. De esta forma, las *razones* lógicas filosóficas son sustituidas por los *intereses* o *causas sociales* en la génesis y validación de los productos científicos (Carlos Solís, 1994). El giro social rompe definitivamente con la distinción entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación e introduce un relativismo social frente al representacionismo, el racionalismo individual y el fundacionalismo de las verdades universales: el conocimiento científico está socialmente construido –no representa una realidad externa-, y la actividad científica es producto de grupos sociales concretos y no de sujetos epistémicos autónomos e ideales.

A partir de los principios establecidos por el *programa fuerte* de David Bloor, la sociología del conocimiento científico trata de proporcionar explicaciones causales sobre las condiciones sociales que producen las creencias científicas (*causación social*); se aplica tanto a los conocimientos verdaderos como a los falsos (*imparcialidad*) y ambos son explicados por los mismos tipos de causas –sociales- (*simetría*). Frente a la asimetría que explicaba la verdad mediante la naturaleza y el error mediante la sociedad, el programa empírico de Bloor propone la “simetría” de explicar no solo el error

sino también la verdad mediante explicaciones sociales. A ello se le une el principio de la *reflexividad*, es decir, la aplicación circular de los conocimientos sociológicos sobre la propia sociología del conocimiento científico. El programa es aplicado a determinados episodios históricos, de entre los cuales, y en cuanto a la historia de la psicología se refiere, son relevantes los análisis macrosociales de Steven Shapin (1975/1994) sobre las controversias entre frenólogos y filósofos morales, explicadas en función de sus diferentes posiciones, intereses y valores en la sociedad estratificada del Edimburgo del siglo XIX. Este tipo de estudios introducen la importancia de los intereses cognoscitivos y sociales desde diferentes niveles de análisis: intereses de los grupos de investigación, intereses *invertidos* de grupos profesionales rivales e intereses sociales en la frontera o externos a la ciencia (Solís, 1994). Más cercanas a análisis psicosociales por su carácter “meso-social” son las investigaciones sociológicas de Harry Collins en los años 80 -desde el *programa empírico del relativismo* y recogiendo los principios de simetría e imparcialidad- sobre la flexibilidad interpretativa de los resultados experimentales y los mecanismos de negociación y cierre en controversias científicas contemporáneas.

Desde una perspectiva diferente, la *etnografía* o antropología de la “vida en el laboratorio” desarrollada por Bruno Latour, Steve Woolgar y Karin Knorr-Cetina también ofrece importantes conexiones con análisis psicosociales, pero esta vez sin recurrir a un contexto social externo para explicar la construcción social de los hechos científicos: los hechos están *hechos* en los procesos de la *ciencia en acción*. Por ello, como “antropólogos inocentes” se introducen en los laboratorios, centros neurálgicos en la producción del conocimiento científico y espacios donde se crea orden a partir de un desorden de prácticas, equipos materiales, financiaciones, técnicas de persuasión, datos, informes, etc. Rompiendo con polos *a priori* naturaleza-sociedad, en sus análisis lo natural y lo social se conforman y producen como *subproductos* de los propios procesos científicos. Así, Latour y Woolgar (1979/1995) describen en *La vida en el laboratorio* la construcción de carreras individuales sin separar el sujeto resultante de la actividad de construcción de hechos en cuyo curso es creado. No obstante, su tendencia a analizar el comportamiento de los científicos desde una especie de psicología económica clásica en términos de “inversiones en credibilidad”, si bien reconoce que la producción racional de ciencia pura es simultánea a estrategias políticas, tiende a reducir los comportamientos científicos a cálculos racionales y a la rentabilización máxima del “capital simbólico” de los investigadores. Como más tarde señalará el propio Woolgar (1991) adolecen de la “invisibilidad modesta” del antropólogo (Donna Haraway, 1997) que no interroga sus propios posicionamientos o tecnologías de la representación –en este caso la utilización de metáforas capitalistas y militares -.

Otra de las corrientes dentro de la sociología del conocimiento científico, la *etnometodología de la actividad científica*, fundamentalmente utilizando el análisis conversacional o del discurso, coincide con los estudios de laboratorio en acudir al lugar de trabajo de los científicos para analizar “la ciencia entre bastidores”, sus prácticas cotidianas, lo incuestionado o no problemático en las rutinas científicas. Los análisis etnometodológicos de Harold Garfinkel influyeron a su vez en las reflexiones de Woolgar (1991) sobre el principio de reflexividad –la réplica “tu también” y las paradojas que genera-, extendiéndolo a un plano de relativismo ontológico que celebra la autocontradicción y rechaza la supremacía interpretativa científica al ser entendida como forma social literaria. Frente a la idea de descubrimiento científico basada en la representación de objetos anteriores y externos, para este autor los descubridores construyen activamente su objeto mediante la argumentación. Woolgar (1991) consecuentemente propone una *etnografía reflexiva* de la ciencia que lejos de aparentes inocencias antropológicas reconozca y analice en un ejercicio de reflexión sus ineludibles usos de la representación. Frente al “fraude ontológico” del etnógrafo que describe la ciencia en acción desde

ninguna parte, propone que se interrogue a sí mismo e interrogue sus usos o tecnologías de la representación, no para explicarlos pero tampoco para huir de ellos. Reclama nuevas formas alternativas de explicación para la ciencia social –entre ellas las literarias- que acaben con el “exotismo de lo otro”, es decir, la distancia retórica entre el analista y el objeto.

Otra reciente perspectiva dentro de los estudios sociales de la ciencia, la *teoría del actor-red* (ANT), ha sido presentada como una “revolución contracopernicana”, “un giro más después del giro social” (Latour, 1992). Al analizar la ciencia en acción -y no la ciencia o la tecnología ya elaboradas- presta atención especial a la cuestión del poder y a los procesos de “traducción” que permiten a los investigadores imponer su particular definición de la situación. Lo “revolucionario” de esta perspectiva es que asume que en el proceso de construcción de hechos adquieren relevancia no solo los agentes sociales-humanos, sino también los recursos no humanos. Sus principales representantes –Michel Callon, Bruno Latour o John Law-, proponen una radicalización del principio de simetría de Bloor de tal forma que Naturaleza y Sociedad no se tomen como dualismos explicativos ya dados *a priori* –en el caso del realismo acudiendo a la naturaleza, en el caso del constructivismo acudiendo a la sociedad-, sino que ambos sean explicados en los mismos términos como *productos* y no como causas de los procesos y negociaciones de la ciencia en acción donde se articulan actores humanos y no humanos. Su propuesta ontológica hace estallar el dualismo entre las *pasivas cosas-en-sí* o los *humanos-entre-sí* para liberar la proliferación blasfema de híbridos por debajo y en medio de los dos polos (Latour, 1992). Los monstruos *cyborg* (Haraway, 1995, 1999) o los *cuasi-objetos* en proceso (Latour, 1992) se han revelado y reclaman su estatus ontológico en forma de híbridos funcionales –*actantes* o *proposiciones*- donde se mezcla lo social, lo tecnológico, lo político o lo científico en cadenas heterogéneas de asociaciones. “Lo social-humano” no es ya el principio explicativo como reclama el socioconstruccionismo. No tiene sentido entrar en el juego del dualismo naturaleza-sociedad porque ambos son artefactos teóricos productos y no causas de una extensa red de relaciones donde se entremezclan y reconfiguran híbridos con fronteras borrosas y sin esencias fijas. La teoría del actor-red –*actor-network theory*- hace referencia a entidades irreducibles a actores o a redes, en tanto que constituidas articuladamente en y por los vínculos que las conforman (Callon, 1998). En las articulaciones actores-redes existen conexiones más potentes que otras y se introduce la agencia de los actores no humanos –animales, máquinas u objetos- con capacidad para *objetar*. «El actor-red (...) está compuesto, igual que las redes, de series de elementos heterogéneos, animados e inanimados, que han sido ligados mutuamente durante un cierto tiempo. Así, el actor-red se distingue del actor tradicional de la sociología, una categoría que generalmente excluye cualquier componente no humano, y cuya estructura interna muy raramente es asimilada a una red. Pero el actor-red no debería, por otro lado, ser confundido con una red que liga de manera más o menos predecible elementos estables que están perfectamente definidos, ya que las entidades de las que se compone, sean éstas naturales o sociales, pueden en cualquier momento redefinir sus identidades y relaciones mutuas y traer nuevos elementos a la red. Un actor-red es, simultáneamente, un actor cuya actividad consiste en entrelazar elementos heterogéneos y una red que es capaz de redefinir y transformar aquello de lo que está hecha» (Callon, 1998: 156).

... A UNA APROXIMACIÓN PSICOSOCIAL A LA PSICOLOGÍA COMO CIENCIA

Las diferentes contribuciones de la *psicología social* al estudio de la ciencia han incorporado aportaciones desde la “psicología cognitiva de la ciencia” siguiendo una tradición quineana, desde la “sociología de la ciencia” mertoniana o desde las diferentes corrientes de “sociología del conocimiento científico”. En un ejercicio de institucionalización –y a veces simultáneamente de crítica y resignificación del área- varios trabajos ya han recopilado los contenidos “propios” de una psicología social de la ciencia que aplica las teorías –fundamentalmente cognitivas- y los métodos –fundamentalmente empíricos- psicosociales al estudio de la actividad científica en contexto social (Shadish y Fuller, 1994; Pallí e Iñiguez, 1997; Miquel Doménech, Lupicinio Iñiguez, Cristina Pallí y Francisco Javier Tirado, 2000). Las investigaciones recopiladas representan una alternativa a los estudios sobre el conocimiento científico que toman al sujeto de conocimiento de forma individual y olvidan los análisis kuhnyanos sobre la producción de ciencia en comunidades científicas. Estas revisiones enumeran investigaciones empíricas sobre normas y normativización en la investigación y publicación científica, redes sociales de comunicación formal e informal, procesos de influencia de mayorías y minorías, procesos de comparación social, sistemas de valores y creencias, las relaciones entre ciencia e ideología, el contexto organizacional de la investigación científica, etc. La bibliografía es extensa y ya ha sido recopilada en las anteriores referencias, no obstante, sirvan como botón de muestra los análisis de Serge Moscovici (1993) sobre grupos mayoritarios y minoritarios en la ciencia, o los estudios sobre influencia social en los procesos de consecución de consenso científico de Robert Rosenwein (1994).

Desde posiciones socioconstruccionistas se ha criticado el individualismo, cuantitativismo y experimentalismo de la mayoría de estos trabajos que limitan lo social a «una simple influencia contextual que incide en las personas modificando su conducta» (Doménech, Iñiguez, Pallí y Tirado, 2000: 83). Estas revisiones críticas proponen otra psicología social de la ciencia de corte más sociológico, inspirada en el construccionismo social y las críticas a la psicología social *mainstream*. Dentro de esta segunda línea derivada del llamado “giro lingüístico” en las ciencias sociales, y que ha impulsado métodos y técnicas cualitativas en psicología social como el análisis conversacional o el análisis del discurso, han surgido análisis psicosociales sobre la retórica objetivista del lenguaje científico o la construcción discursiva de hechos y verdades científicas (Tomás Ibáñez, 1985; Kenneth Gergen, 1989; Jonathan Potter, 1998).

Por otro lado, se han venido desarrollando toda una serie de trabajos influidos por el artículo clásico de Gergen (1973/1998) “La Psicología Social como Historia” que proponen una psicología social crítica –entendida como historia en contexto social- de la propia psicología, con influencias de la historiografía –la “nueva historia de la psicología” (Laurel Furumoto, 1992b)-, la sociología del conocimiento y los análisis genealógicos foucaultianos sobre las relaciones poder/saber y los procesos de conformación de subjetividades.

«La sensibilidad y las estrategias de investigación propias del historiador podrían fortalecer el entendimiento de la psicología social, tanto pasada como presente. Especialmente útil sería la sensibilidad del historiador hacia las secuencias causales a través del tiempo. La mayoría de la investigación psicosocial se focaliza en segmentos de un minuto a lo largo de procesos en marcha. Nos hemos centrado muy poco en la función de esos segmentos dentro de su contexto histórico. Disponemos de escasa teoría que trate de la interrelación de acontecimientos a lo largo de períodos

dilatados de tiempo. Del mismo modo, los historiadores podrían beneficiarse de las metodologías más rigurosas empleadas por los psicólogos sociales así como de su particular sensibilidad para las variables psicológicas. Sin embargo, el estudio de la historia, tanto pasada como presente, debería ser emprendido dentro del marco más amplio posible. Los factores políticos, económicos e institucionales son todos ellos *inputs* necesarios para una comprensión de forma integrada. Concentrarse sólo en la psicología proporciona una comprensión distorsionada de nuestra condición actual.» (Gergen, 1973/1998: 49).

En esta línea, Jill Morawski (1984a) reclama la recuperación de la propuesta de Wundt de hacer una psicología social histórica (*folk psychology*), e insiste en la conveniencia de una psicología social que lejos de limitarse a una metodología positivista se aproveche del pluralismo metodológico y epistemológico que ofrece la historia. Estos trabajos que toman a la psicología –su historia, sus prácticas y sus discursos en sus diferentes ramas de especialización- como objeto de análisis, entroncan con una tradición crítica y reflexiva de la psicología cuyo referente más lejano sea quizá George Canguilhem (1958/1980). En su artículo ya clásico “What is Psychology?” se preguntaba “¿quién selecciona a los seleccionadores?” o “¿qué pasaría si tratásemos a los psicólogos también como a insectos?”, o si hiciésemos una psicología de los administradores y creadores de tests. En la década de los 70, tres trabajos servirán también de antecedentes de los mencionados análisis psicosociales críticos sobre la psicología. En 1972 David Ingleby escribe “Ideology and the human sciences” donde siguiendo a Kuhn realiza un análisis ideológico sobre los procesos de deshumanización y reificación en la “buena psicología”, que convierten seres humanos en cosas-máquinas adaptables al nuevo sistema socio-laboral capitalista. En dicho trabajo, Ingleby reclamaba el reconocimiento de las relaciones entre el conocimiento científico y su contexto socio-político: «necesitamos comprender la psicología social del proceso mediante el cual las instituciones en las que la ciencia se desarrolla, al incorporar una cierta cultura, eliminan cualquier intento que cuestione dicha cultura: indudablemente la clave de esto descansa en la ritualización de la investigación, la enseñanza y la comunicación, mediante la cual cada experimento, investigación, clase, tutoría y conferencia se convierten en una celebración tácita de la ética de la normalidad.» (Ingleby, 1972: 56). El segundo antecedente al que hacía referencia es la compilación de Allan Buss *Psychology in Social Context* donde reclamaba una “sociología del conocimiento psicológico”, de inspiración marxista e influida por los análisis dialécticos de Berger y Luckmann, que analizase «las bases sociales de las ideas académicas psicológicas y por implicación la dialéctica Científico-Sociedad.» (Buss, 1979: 4). El último antecedente, el artículo de Nikolas Rose (1979) “The psychological complex: mental measurement and social administration”, reclamaba el análisis genealógico foucaultiano para analizar la historia/ideología de la psicología en el mantenimiento del *statu quo* y las relaciones entre formas de organización social, ideología, subjetividad y conciencia¹. Con influencias marxistas, dialécticas o foucaultianas, estos trabajos han criticado una historia de la psicología interna de progreso lineal y acumulativo –la historia de libro de texto que criticaba Kuhn, una historia ceremonial con su revisionismo ahistórico (Benjamín Harris, 1997)- cuya función es el adiestramiento acrítico de futuros

¹ El artículo de Nikolas Rose vino precedido por otro de autoría colectiva –con Julian Henriques, Couze Venn y Valerie Walkerdine entre otros-, “Psychology, ideology and the human subject”, publicado en 1977 en *Ideology & Consciousness*. En dicho artículo se establecieron los antecedentes teóricos marxistas y psicoanalistas de lo que más tarde se ha desarrollado como “psicología crítica” analizando las posibilidades y dificultades de conectar la teoría ideológica con la psicología –una “psicología marxista o radical”-.

psicólogos. Por el contrario, reclaman “repolitizar la historia de la psicología” (Harris, 1997) con reconstrucciones contextualizadas, parciales, situadas y discontinuas de episodios históricos concretos de la psicología, donde los factores externos –contextos profesionales, sociopolíticos, económicos, etc.- y los contenidos internos-cognitivos se confundan y diluyan. Una historia contextual, *past-minded*, crítica y más inclusiva, que acuda a fuentes originales (Furumoto, 1992b; Harris, 1997) y que incluya la experiencia subjetiva de los actores individuales –esto último incorporado especialmente por las historiógrafas feministas (Elizabeth Scarborough y Laurel Furumoto, 1987; Ellen Herman, 1995)-. De esta tradición crítica y reflexiva sobre el conocimiento psicológico, se ha generado una considerable bibliografía sobre análisis psicosociales-historiográficos feministas de la psicología (Morawski, 1982, 1984b, 1985, 1988; Miriam Lewin, 1984; Janis Bohan, 1992; Erica Burman, 1998b), así como análisis críticos sobre la ideología racista y homófoba/lesbófoba (Stephen Gould, 1997; Graham Richards, 1997; Herman, 1994), individualista, capitalista, nacionalista y militarista de la psicología (Edward Sampson, 1983; Jill Morawski y Sharon Goldstein, 1985; Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela, 1986; Isaac Prilleltensky, 1989; Herman, 1995, entre otros).

Por último, desde una perspectiva que se empieza a llamar “postconstruccionista” se ha tratado de incorporar los presupuestos epistemológicos y ontológicos derivados de la teoría del actor-red –fundamentalmente el “principio de simetría generalizada” y la noción de “cuasi-objeto”- como forma de incorporar la materialidad y la agencia de los no-humanos rompiendo a su vez con los dualismos o dialécticas naturaleza-sociedad, humano-no humano de los que todavía era dependiente el socioconstruccionismo (Doménech, 1998). En diálogo con los teóricos ANT, otras derivas socioconstruccionistas –y en la línea de historiógrafas y epistemólogas feministas- han señalado la relevancia de la psicología social para analizar los procesos de conformación de subjetividades e identidades científicas: «Todo ese conjunto de prácticas, procesos de negociación y estrategias que están implicadas en la producción del conocimiento científico también afectan de manera determinante a los propios científicos/as. (...) Los científicos/as son tan maleables y producidos como los objetos epistémicos (...) los científicos son parte relevante de estrategias políticas o son materiales humanos estructurados en actividades en conjunción con otros materiales con los que incluso pueden formar nuevos tipos de entidades y agentes. Y todo esto, por supuesto, no deja indiferente al investigador/a. En todos los entramados mencionados emerge, se negocia y renegocia incesantemente una identidad y subjetividad para el científico/a.» (Doménech, Iñiguez, Pallí y Tirado, 2000: 86-87).

Tratando de evitar una circularidad tautológica de una ciencia que se pliega sobre sí misma y rechazando el carácter epistémico privilegiado de los estudios empíricos psicosociales de la ciencia, en este trabajo se abre la propuesta de una tradición de psicología social historiográfica que recoja a su vez los debates y perspectivas antes descritos. Tradición que se inscribe en el espacio interdisciplinar abierto por Kuhn para los estudios psico-socio-históricos de la ciencia, y que apunta hacia la necesidad de estudios críticos y reflexivos sobre los aparatos de producción psicológica. La psicología aquí no es entendida como un conjunto de enunciados o teorías ahistóricas –con sus grandes autores, sus grandes fechas y escuelas- elaboradas por genios aislados que siguiendo un determinado *ethos* y aplicando un método científico producen “buena psicología”, objetiva y neutra. Por el contrario, se entiende como producto de prácticas *sociales* reconformándose en sus procesos de “psicología en acción” fundamentalmente desde entramados académicos y universitarios. De la misma forma, el científico-psicólogo se entiende como un trabajador más –un sujeto social pero

también subjetivo y corporal- que trabaja dentro de una comunidad u organización laboral más y al que a veces sobre todo en situaciones muy precarias no es difícil extraerle un hecho.

El paso de analizar una mente individual y racional que genera ciencia representando la realidad, a prácticas sociales en comunidades científicas no implica una concepción de lo social cuya agencia es exclusivamente humana: en los procesos de construcción-articulación de la realidad y del conocimiento científico los objetos *objetan* (Latour, 2000) y la *naturaleza* se muestra tramposa y *coyote* (Haraway, 1999). Por otro lado, frente a la imagen de un sujeto de conocimiento neutro y desencarnado o de un ficticio e igualmente impersonal “nosotros”, esta perspectiva tampoco olvida la posición social, la corporeidad y la subjetividad de los científicos. Analiza los procesos mediante los cuales las identidades y subjetividades de los científicos/as se conforman y reconfirman en las prácticas científicas con otros elementos, pero también cómo determinadas posiciones de sujeto –con sus valores asociados- conforman y reconfirman las condiciones de producción, los materiales, las prácticas y el trabajo científicos.

De ahí la necesidad de entender los aparatos de producción psicológica como entramados de colectivos funcionales –*actantes*- donde se articulan y reconfiguran *en diferentes niveles* cuerpos, espacios, subjetividades, deseos, la materialidad de un laboratorio, de un vestido, de un título, trozos de cerebros y ratas, teorías, datos, artículos, libros, cartas, conversaciones, sueldos y subvenciones, políticas universitarias, prácticas sociales y de significación, etc. Frente al empirismo realista y al socioconstruccionismo, este trabajo recoge una propuesta epistémico-ontológica “no dualista de la fluidez social” (Fernando García Selgas, 2002). Pero teniendo presente que estas articulaciones-fluideces no se generan *ex novo* en cada interacción científica, sino que a su vez arrastran inercias y sedimentaciones semiótico-materiales. El peligro de determinados análisis etnográficos de laboratorio centrados exclusivamente en prácticas micro de la *ciencia haciéndose* es que pueden olvidar las tozudeces y constricciones de las ordenaciones hegemónicas paradigmática y socialmente encarnadas. De ahí la necesidad de análisis psicosociales que no solo rompan con perspectivas micro-macro como propone la ANT, sino que también analicen cómo las diferentes formas de estructuración social se *inscriben* y se *reactualizan* en las relaciones científicas: cómo la psicología manufactura conocimiento y realidad social, pero también cómo la sociedad y sus ordenamientos se inscriben en las producciones psicológicas, se recrean en ellas y producen ciencia. No obstante, no se trata de dialécticas ciencia-sociedad, por cuanto éstas no se conciben como entidades *a priori* estabilizadas e independientes que establecen relaciones mutuas que a su vez las modifican. La imagen de un algo “ciencia” escindido de un algo “sociedad” es un efecto estilizado de las prácticas múltiples y heterogéneas que las constituyen entreveradamente.

LOS ESTUDIOS FEMINISTAS DE LA CIENCIA: “LA CUESTIÓN DE LAS MUJERES EN LA CIENCIA”

Aunque pocas veces reconocidas desde los estudios sociales de la ciencia, las críticas feministas a la organización social de la ciencia y al conocimiento científico han desempeñado un papel fundamental en los procesos de erosión de la supuesta racionalidad y neutralidad del conocimiento científico, así como del carácter autónomo, individual y trascendental de su sujeto epistémico. Estos estudios tienen en común su oposición al sexismo y al androcentrismo reflejados en la práctica científica, en el *quién*, en el *cómo* y en el *qué* se conoce. En *Ciencia y Feminismo* Sandra Harding (1986/1996) describió un

desplazamiento de las críticas feministas a la ciencia desde una atención a la *cuestión de las mujeres en la ciencia* –como *sujetos* y como *objetos* de conocimiento- a un mayor desarrollo de diferentes propuestas epistemológicas que tratan la *cuestión de la ciencia en el feminismo*: cómo puede incrementar la objetividad científica el feminismo como movimiento político. No obstante, este cambio de énfasis no ha supuesto una sustitución evolutiva sino una coexistencia de dos enfoques complementarios, de los cuales las epistemologías feministas han experimentado un desarrollo posterior.

Los análisis feministas de la psicología y del conocimiento psicológico también han experimentado esta transición. Si en la década de los 50 se produjeron investigaciones socio-estadísticas aisladas que denunciaban la situación desigual de las mujeres en la psicología; durante la llamada “segunda ola” del feminismo en EEUU –en los años 70- las mujeres psicólogas adquirieron conciencia de grupo en situación de desigualdad y se organizaron llevando a cabo investigaciones de denuncia sobre su situación inferior como sujetos en la “comunidad de psicólogos”, y análisis críticos sobre sesgos sexistas y androcéntricos en la producción de conocimiento psicológico *sobre* mujeres y diferencias sexuales. Este cambio vino representado por la figura de Naomi Weisstein (1968/1993, 1977/1997) y sus textos de denuncia “Kinder, Küche, Kirche as Scientific Law: Psychology Constructs the Female”² y “ ‘How can a little girl like you teach a great big class of men?’ the Chairman Said, and Other Adventures of a Woman in Science”, y por la creación en 1973 de la División 35 de la *American Psychological Association* bajo el nombre de “Psicología de las Mujeres” –*Psychology of Women*-. Los análisis feministas de la psicología desarrollados en la década de los 70 –desde lo que se puede denominar “segunda ola” de psicología feminista- fueron fundamentalmente críticos con esencialismos biológicos, y desde análisis psicosociales enfatizaron la importancia del contexto social en el estudio de las diferencias sexuales. No obstante la crítica feminista en psicología seguía encuadrándose en el marco empirista. Al estilo mertoniano circunscribían sus análisis a los *exteriores* de la psicología, al contexto de descubrimiento, a los *usos* sexistas de la psicología, a la “*mala* psicología” o a la psicología *sesgada*. Las psicólogas empiristas feministas escrutan con la rigurosidad más científica posible la selección de problemas, la formulación de hipótesis, las muestras, las interpretaciones de los datos, crean artefactos estadísticos más rigurosos y detectan “*sesgos de género*” bajo la premisa de formas neutras y objetivas de hacer una psicología no-sexista. No obstante sus críticas son más metodológicas que epistemológicas encuadrándose dentro de lo que se ha denominado “Psicología de la Mujer” o “Psicología del Género”. Desde esta perspectiva, los epígrafes “feministas” son sospechosos, a no ser que hagan referencia a *usos* feministas de conocimientos: la psicología es una ciencia y es una ciencia objetiva y neutral; el feminismo es una ideología política. A partir de la década de los 80, los diferentes desarrollos de epistemologías feministas junto con la emergencia en psicología social de un nuevo paradigma socioconstruccionista, abren espacios de posibilidad para diferentes debates en torno a una “Psicología Feminista” que entiende la objetividad como conocimientos situados, reflexivos y responsables, y las críticas políticas y epistemológicas como indisociables (Morawski, 1997).

² En un número monográfico dedicado a Naomi Weisstein y en concreto a este artículo como texto clave de la Psicología Feminista, la revista *Feminism & Psychology* publicó en 1993 una versión ampliada y revisada bajo el título “Psychology Constructs the Female; or, The Fantasy Life of the Male Psychologist (with Some Attention to the Fantasies of His Friends, the Male Biologist and the Male Anthropologist)”.

La cuestión de las mujeres en la ciencia-psicología (I): Las mujeres como Sujetos de conocimiento científico-psicológico

Desde los análisis feministas sobre la situación de las mujeres-sujeto en la ciencia, se han desarrollado estudios *históricos* recuperando a mujeres científicas y a tradiciones “femeninas” olvidadas en los procesos de definición e historización de las disciplinas. Junto a estos estudios, desde la *pedagogía* se han analizado los procesos diferencialmente “generizados” de educación y socialización y se han ensayado diferentes formas de enseñar una ciencia no-sexista. También se han desarrollado análisis empíricos *estadísticos, sociológicos y psicosociales* constatando en algunos casos la escasez y desigualdad de las mujeres en la ciencia y en otros las barreras y exclusiones ideológicas, institucionales –formales e informales –, interpersonales y psicológicas en las carreras de las mujeres científicas (Marta I. González García y Eulalia Pérez Sedeño, 2002). La herencia de la tradición mertoniana sobre la sociología de la ciencia ha estado presente en estos estudios que se han centrado en la estructura social de la comunidad científica sin adentrarse en sus contenidos. No obstante, los análisis sociológicos *main/malestream* sobre la organización social de los científicos no han sido especialmente sensibles a las diferencias y desigualdades de género. En este sentido, de especial interés resultan los estudios sobre el “subtexto de género” en el “efecto Mateo” de Merton: lo que Margaret Rossiter (1993) ha denominado el “efecto ~~Mateo~~ Harriet” –también “efecto Matilda”- en los procesos psicosociales diferenciales de reconocimiento y mérito científico entre varones y mujeres. El “efecto Harriet” -en referencia a la propia Harriet Zuckerman de cuyas investigaciones Merton extrajo las conclusiones de dicho fenómeno aunque no incluyó su autoría- está basado en la segunda parte de la célebre frase bíblica de San Mateo: “al que no tenga se le quitará hasta lo poco que tenga”. En concreto, Rossiter analiza el olvido generizado/generalizado de mujeres científicas célebres, el desigual reconocimiento de mujeres que firman artículos e investigaciones en co-autoría con sus maridos, el caso de colaboradoras de investigadores cuyas contribuciones fueron desprestigiadas, o por último los sesgados mecanismos de selección en los directorios de científicos célebres. En los años 70, Maxine Bernstein y Nancy F. Russo (1974) ya habían analizado dicho efecto en mujeres psicólogas a consecuencia de diferentes normativas de publicación científica, entre ellas por ejemplo la omisión de los nombres de autores/as o su sustitución por las iniciales –con lo que se atribuye por defecto la autoría masculina-, complicándose todavía más en aquellos casos donde las mujeres adquieren el apellido de sus maridos y se casan varias veces³.

En una línea similar, otros análisis feministas han desarrollado estudios sobre los mecanismos psicosociales informales o implícitos de discriminación –tanto territorial como jerárquica- en condiciones de “igualdad formal”, de forma semejante a los análisis sobre la situación de las mujeres en el ámbito laboral: la segregación sexual de ciertas áreas y los procesos de desvalorización de aquéllas feminizadas; la “distribución en forma de tijera”, con porcentajes ligeramente superiores de mujeres estudiantes y la inversión de los porcentajes a favor de los varones agudizándose desde categorías de estudiantes de doctorado, profesores ayudantes y asociados hasta profesores titulares y catedráticos⁴; el llamado “techo de cristal” y el efecto del *old boys’ club* que impide que las mujeres

³ En este sentido, y en lo que a la psicología se refiere, se podría hablar de “efecto [Bluma] Zeigarnik” –la atribución de autoría masculina por defecto- o de “efecto Sherif & Sherif” o “efecto Carolyn” -el olvido del componente femenino en la co-autoría de matrimonios académicos-.

⁴ Datos muy significativos en el caso del estado español extraídos de un informe de la UE de 1996 y de un estudio sociológico sobre mujeres catedráticas del CIS publicado en 1997 son por ejemplo: el 13,2% de

lleguen a puestos superiores cuyo acceso depende de sistemas informales de cooptación y *peer review* regulados mayoritariamente por varones blancos con edades superiores a los 50 años; prejuicios y estereotipos sexuales que intervienen en los procesos de selección y evaluación⁵; los diferentes procesos de socialización generizada y su influencia en la adaptación científica; la ambivalencia identitaria y los conflictos de rol en las mujeres científicas, etc. (Harriet Zuckerman, Jonathan Cole y John Bruer, 1991).

Fue fundamentalmente a partir de la llamada “segunda ola del feminismo” en la década de los 70 –la tercera si se tiene en cuenta el feminismo ilustrado europeo- que la cuestión de las mujeres como *sujetos* productores de conocimiento científico alcanzó relevancia teórica y política. Las mujeres científicas adquirieron conciencia y voz como grupo diferente y en situación de inferioridad en el seno de las diferentes comunidades científicas. A partir de *El Segundo Sexo* de Simone de Beauvoir la mujer fue teorizada como “lo Otro” inmanente del Sujeto trascendental y racional ilustrado. La teoría feminista evidenció que el proyecto racional ilustrado, y con él el proyecto de una ciencia moderna, había sido construido sobre la base de la eliminación de las mujeres como sujetos legítimos de conocimiento, convertidas simultáneamente en sus objetos-naturales. A finales de los 60, y desde dentro de las diferentes disciplinas científicas, las mujeres como grupo adquirieron conciencia de su situación marginal en la ciencia y reclamaron cambios a través de estudios empíricos sociológicos y estadísticos que denunciaban su estatus inferior. Por otro lado, las feministas se “independizaron” de los diferentes movimientos políticos y sociales e incorporaron el género como variable relevante en sus análisis críticos a la ciencia. La teoría feminista amplió los análisis críticos freudomarxistas con análisis sobre la ideología sexista y androcéntrica en la producción científica, especialmente cuando tomaba como objeto de estudio las diferencias sexuales y la mujer acudiendo a esencialismos biologicistas.

No obstante, los estudios sobre la situación de las mujeres en la ciencia tuvieron sus *antecedentes* antes de la “segunda ola”, si bien reducidos en la mayoría de los casos a protestas aisladas durante un período posbélico fuertemente conservador y anti-feminista. En EEUU las contribuciones de las mujeres científicas durante la segunda guerra mundial, reclutadas como “fuerza de trabajo de reserva” en empleos temporales, habían sido completamente olvidadas y eclipsadas por el retorno de los “héroes de guerra” que las desplazaron y sustituyeron en sus diferentes puestos –incluidos los *colleges* de mujeres- (Rossiter, 1995). Estos desplazamientos y “ajustes” de posguerra coincidieron con un período conservador en el que las mujeres fueron instadas a autosacrificarse volviendo a sus

profesoras titulares en la universidad española –el 30,9 de profesoras ayudantes y el 34,9 de profesoras asociadas-; el número de catedráticas sigue por debajo del 10% del total; una única mujer de entre los 60 rectores de universidades españolas; en la Academia de Ciencias solo un asiento es ocupado por una científica (Flora de Pablo, 2000). Por otro lado, la variable sexo intersecta con la variable edad: cuando las mujeres llegan al escalafón más alto han tardado una media de 16 a 20 años más que los varones (Pérez Sedeño, 2000).

⁵ En 1997 la prestigiosa revista *Nature* publicó un estudio llevado a cabo por dos investigadoras suecas donde analizaron por qué la probabilidad de que un varón recibiera una beca post-doctoral era dos veces mayor que la de una mujer. Concluyeron que los evaluadores conferían *inadvertidamente* a los varones, solo por su sexo, una ventaja equiparable al valor de 20 publicaciones científicas en revistas de prestigio. El estudio provocó una marea de comentarios y cambios en la composición de los comités de evaluación incluyendo a más mujeres (Flora de Pablo, 2000).

casas para no descuidar la atención absorbente y completa que requerían sus hijos. Psicólogos evolutivos como John Bowlby o Harry Harlow se encargaron de evidenciar las catastróficas consecuencias de la privación del apego materno (Burman, 1998b; Haraway, 1989).

Dentro de las universidades y como refuerzo a las prácticas discriminatorias de contratación a mujeres, se instauraron reglas antinepotistas que impedían a mujeres casadas desempeñar puestos docentes en las mismas universidades que sus maridos. Profesoras universitarias que se casaban con profesores de la misma universidad perdían inmediatamente sus trabajos –ese fue el caso, por ejemplo, de Margaret Kuenne (Harlow) que en 1948 perdió su empleo en la universidad de Wiconsin tras casarse- (Rossiter, 1995). En lo que a la psicología se refiere, la situación marginal de las mujeres académicas –especialmente las casadas- fue denunciada por la psicóloga Jane Loevinger (1948) que demandaba en un artículo en la *American Psychologist* “una ética profesional para las mujeres psicólogas”, denunciando su utilización como trabajadoras de segunda clase con sueldos que sonrojaban a científicos varones igualmente cualificados. Por otro lado, el desigual estatus de las mujeres en la APA fue reflejado y denunciado en un artículo publicado en 1951 en la *American Psychologist* escrito por la psicóloga feminista Mildred Mitchell y titulado “Status of Women in the American Psychological Association”. Dicho artículo formaba parte de las actividades de investigación generadas desde el *International Council of Women Psychologists*, creado a escala nacional en 1941⁶ -“para la promoción de la psicología como ciencia y como profesión, particularmente respecto a la contribución de las mujeres” (Mitchell, 1951: 193)- y rechazado como División de la APA en 1948 por su “naturaleza inherentemente discriminatoria” al constituirse como grupo de mujeres (Rossiter, 1995). Tras la guerra el ICWP elaboró una amplia investigación sobre la situación de las mujeres psicólogas, publicando en 1950 un artículo en el *Journal of Social Psychology* bajo el título “Women Psychologists: Their Work, Training, and Professional Opportunities” -firmado por Harriett Fjeld y Louise Bates Ames-. En dicho artículo se recogían las respuestas de 393 mujeres psicólogas -clasificadas en diferentes agrupaciones ocupacionales- a la pregunta “en qué medida el hecho de ser mujer había afectado a sus carreras”. Los resultados indicaron una clara diferencia entre la situación de aquellas psicólogas que trabajaban en “trabajos masculinos” –en la universidad, desde el gobierno o en empresas- y aquellas que trabajaban en “trabajos femeninos” –en clínicas y escuelas públicas-. Frente a la seguridad y satisfacción de las últimas, las primeras se quejaban de que los varones eran contratados y promocionados más frecuentemente y disfrutaban de mayores salarios. Ante conclusiones optimistas sobre dicho estudio que deducían la igualdad de varones y mujeres en la psicología y por tanto la consecución del propósito original de la ICWP, Mitchell presentó su propio informe sobre la situación desigual de las mujeres en la APA y especialmente la baja representación de mujeres en los altos cargos en

⁶ Si la Primera Guerra Mundial colocó a la psicología en el mapa a costa de borrar y excluir a mujeres psicólogas, la Segunda Guerra Mundial contribuyó a la segregación sexual disciplinar. En 1939 la APA autorizó un comité de emergencia para la planificación de las contribuciones de psicólogos a la guerra. No hubo representación de mujeres en dicho comité. En respuesta a ello, un grupo de mujeres psicólogas organizó en Nueva York el *National Council of Women Psychologists* para promover y organizar servicios de emergencia que podían prestar las mujeres psicólogas. Las actividades de este comité reflejaban la segregación sexual en los subcampos de la psicología, centrándose en actividades de voluntariado en comunidades locales atendiendo a familias, niños y refugiados. Por el contrario, la guerra fomentó redes sociales informales masculinas en el área de la psicología industrial y personal (James Capshew y Alejandra Laszlo, 1986; Nancy F. Russo y Florence Denmark, 1987).

proporción con su número y méritos –desde 1893 solo había habido dos presidentas y la última había ocupado dicho puesto en 1921-. Las conclusiones de Mitchell fueron rebatidas por Edwin Boring (1951)⁷ en un artículo en la *American Psychologist* titulado “The Woman Problem”. En dicho artículo, Boring explicitaba los mecanismos de prestigio que llevaban al éxito y al honor en psicología –en concreto, a la presidencia de la APA- y que en su opinión no se relacionaban tanto con el mérito profesional cuanto con un tipo de personalidad “fanática” de concentración exclusiva en la ciencia –entendiendo ésta como conjunto de teorizaciones abstractas y generales y no como prácticas o aplicaciones concretas-. Como buen funcionalista, Boring consideraba justo tanto este sistema de asignación de prestigio como el sistema de elección de la APA, y mantenía que no era la APA la que excluía a las mujeres, sino las universidades, la industria, el gobierno o los servicios del ejército, pilares inmutables en la sociedad estadounidense. Las mujeres deberían ser realistas y aceptar su situación.

El conservadurismo y el anti-feminismo de la década de los 50-60 también influyeron en el *ICWP*, progresivamente menos feminista hasta el punto de eliminar en 1959 la palabra “mujer” de sus siglas. En un artículo titulado “Expanding Opportunities for Women Psychologists in the Post-war period of civil and military organization”, la psicóloga Florence L. Goodenough resumía perfectamente la mentalidad de la época: «Parece probable que no faltarán oportunidades para las mujeres psicólogas que se tomen en serio su profesión, que estén dispuestas a competir con los varones en iguales condiciones sin pedir consideraciones especiales (...). Las mujeres deben dejar de racionalizar sobre la escasez de oportunidades laborales y demostrar su competencia mediante sus logros. Las oportunidades se expandirán para aquéllas que ejerzan la necesaria fuerza propulsora.» (1944: 712). La ideología meritocrática e individualista, el miedo a protestar y el silencio ante las discriminaciones, obstaculizaban los intentos de científicas reformadoras por conseguir una mayor igualdad. En la década de los 60 -en un período de expansión de la educación superior y la formación científica estadounidense⁸-, los procesos de segregación jerárquica y territorial junto con las políticas antinepotistas en las universidades habían desplazado a la mayoría de las mujeres científicas a los márgenes de la academia, trabajando en situaciones muy precarias como investigadoras asociadas o ayudantes de laboratorio⁹ con salarios y rangos más bajos que sus compañeros. La mayoría de

⁷ Mitchell no pudo desarrollar sus estudios de doctorado en Harvard “gracias” en gran medida a los constantes impedimentos y barreras que Boring –bajo el amparo de las políticas sexistas de Harvard- puso a su investigación. Se encontró con problemas para acceder al laboratorio psicológico –Boring no le dejaba la llave para entrar-, no podía acceder a los seminarios –Boring negaba la entrada a mujeres- y el acceso a la biblioteca estaba prohibido para mujeres a partir de determinadas horas de la tarde (Capshe y Laszlo, 1986).

⁸ La situación de la guerra fría y especialmente el lanzamiento del soviético Sputnik I en 1951, impulsó una serie de políticas estatales que consideraban el potencial de las personas científicas –varones o mujeres- como “recursos nacionales”. La competitividad con la ciencia y tecnología soviéticas, cuya fuerza laboral científica contaba con altos porcentajes de mujeres, fue contradictoriamente empleada tanto para animar y urgir la preparación científica de las mujeres estadounidenses –como ayudantes técnicas de laboratorio o profesoras de enseñanza pública-, como para reforzar su necesaria presencia en los hogares, como un deber patriótico de un país alejado de las maldades del enemigo que convertía a sus mujeres en monstruos científicos (Rossiter, 1995).

⁹ Bajo las reglas antinepotistas se podía dar el caso de contratos a jóvenes descalificados provenientes de lugares geográficos lejanos antes que a “esposas locales” por muy eminentes que fueran. La Universidad de Kansas eliminó en 1963 dichas políticas tras un injusto episodio en que ofertó una plaza para dar un curso sobre

mujeres científicas célebres de esta época –como fue el caso de la bióloga premio Nóbel Barbara McClintock- realizaron sus investigaciones fuera de las prestigiosas universidades. Incluso en los *colleges* de mujeres se prefería contratar a profesores varones con salarios más altos en un proceso progresivo de “normalización” (Rossiter, 1995). Por otro lado, estos mecanismos de marginación y escaso reconocimiento de las mujeres en la ciencia no fueron descritos en los análisis de una conservadora sociología mertoniana que no consideró cómo la ciencia en cuanto institución social también estaba atravesada por divisiones generizadas.

Tras informes y denuncias esporádicas en el período conservador de 1950-1965, a finales de los 60 las mujeres científicas –y entre ellas las psicólogas- tomaron conciencia de su estatus desigual como grupo discriminado por su sexo, e impulsadas por los movimientos de nueva izquierda, estudiantiles, de anti-psiquiatría y contraculturales -y a su vez en respuesta al sexismo de estos grupos-, se organizaron para denunciar su situación y promover cambios tanto reformistas como radicales. Este resurgir de la conciencia feminista en las científicas posibilitado por la “segunda ola” del feminismo vino impulsado por la fundación de la *National Organization of Women* (NOW) en 1966, la publicación de *La Mística de la Femenidad* de Betty Friedan (1963/1974), *Política Sexual* de Kate Millett (1969/1995) –curiosamente ambas psicólogas sociales-, *La dialéctica del sexo* de Sulamith Firestone (1970), *El Eunuco Femenino* de Germaine Greer (1971) y *Actitudes Patriarcales* de Eva Fíges (1972), y por varios trabajos de denuncia y protesta sobre la situación de las mujeres en la sociología (Alice Rossi, 1965) y en la psicología (Weisstein, 1968/1993, 1977/1997).

Alice Rossi -miembro de la NOW, doctorada en sociología por la Universidad de Columbia e investigadora asociada en la Universidad de Chicago y en la Johns Hopkins a consecuencia de las normas anti-nepotistas- ha sido considerada como pionera en los estudios sobre la cuestión de las mujeres en la ciencia desarrollados colectivamente desde el feminismo de la segunda ola. Sus artículos publicados a mediados de los 60 -“Equality between de Sexes: An Inmodest Proposal”, “The Case against Full-time Motherhood” y especialmente su artículo publicado en *Science* en 1965 “Women in Science: Why So Few?”-, producto de sus experiencias personales de discriminación en la academia y de una amplia bibliografía revisada sociológica e histórica, supusieron una profunda crítica a la conservadora sociología del momento dominada por el funcionalismo parsoniano y proyectaron cambios reformistas en el sentido de una mayor igualdad de oportunidades y mejoras en las condiciones laborales de las mujeres científicas y académicas (Rossiter, 1995). Artículos como los de Alice Rossi o como el de la psicóloga Naomi Weisstein “‘How can a little girl like you teach a great big class of men?’ the Chairman Said, and Other Adventures of a Woman in Science” donde denunciaba las actitudes y prácticas sexistas en la academia, actuaron como revulsivos impulsando “grupos de concienciación” informales de mujeres académicas que comenzaron a organizarse para

discapacidad. Beatriz Wright una eminencia en dicho ámbito no fue considerada como candidata al estar casada con un profesor de psicología en dicha universidad. Lo absurdo del caso ocurrió cuando en 1960 Beatriz Wright publicó *Psysical Disability: A Psychological Approach*, un libro que sería utilizado como manual básico en el curso que no pudo enseñar. Un caso más dramático fue el de la psicóloga Else Frenkel-Brunswik, entre otros méritos coautora de *La Personalidad Autoritaria*. Al estar casada con un profesor de la universidad de California en Berkeley tuvo que aceptar un puesto de investigadora asociada. Dos años y medio después de que su marido muriera, el departamento de psicología de la Universidad de California, consciente de que las reglas antinepotistas no podrían aplicarse por mucho más tiempo, votó para que se le concediese un puesto como docente. No se sabe si ella llegó a saberlo, poco más tarde se suicidó (Rossiter, 1995).

provocar cambios legales que eliminaran las prácticas de discriminación sexual en los procesos de contratación y salarios. Es importante señalar que antes de 1970 no existía todavía ninguna legislación a escala nacional que prohibiera la discriminación sexual en las instituciones académicas de EEUU. Precisamente será una doctora en psicología clínica, Bernice Sandler, quien impulsó cambios legales en los procesos de contratación a este respecto (Rossiter, 1995). Tras ser rechazada por la Universidad de Maryland bajo la justificación de “haber ido demasiado lejos para una mujer”, y con la ayuda de su marido abogado, promovió una pequeña investigación sobre los patrones de empleo de dicha universidad y la denunció basándose en leyes ya existentes que prohibían la discriminación sexual y racial en contratos de carácter federal.

Gracias a la actuación de Sandler se extendieron las denuncias de discriminación sexual y se revisaron los patrones de contratación de las principales universidades estadounidenses, impulsando en la década de los 70 una auténtica “revolución legal” en los derechos de empleo y educación de las mujeres. La revista *Science* y otras revistas científico-sociales comenzaron a publicar diferentes estudios que mostraban evidencia científica sobre prejuicios y discriminaciones sexuales en los sistemas de contratación, sueldo y promoción. La *American Psychologist* publicaba en 1970 uno de ellos, “Empirical Verification of Sex Discrimination in Hiring Practices in Psychology”, donde se recogían los resultados de una investigación empírica realizada por Linda Fidell. Esta psicóloga había enviado un conjunto de currículum vitae a directores de departamento bajo la justificación de averiguar qué criterios determinaban la contratación y el rango o salario. Los directores recibieron diferentes versiones con los mismos currícula firmados con nombres de varones o mujeres. Concluyó que los directores contratarían a los varones con mayor probabilidad que a mujeres con iguales calificaciones y que les ofrecerían mayores rangos con menores méritos. Como ha recordado Rhoda Unger, la investigación de Fidell «fue una verificación empírica sobre algo que aquellas de nosotras que estábamos en el mercado de trabajo durante ese período ya sabíamos bien. Fue, sin embargo, la clase de evidencia que los psicólogos estaban más dispuestos a escuchar y a aceptar que nuestros propios relatos personales.» (Unger, 1997: 21). El estudio corroboraba los resultados de otra psicóloga, Helen Astin, que en 1969 publicaba otra investigación donde se documentaba empíricamente la discriminación de las mujeres en la academia que con iguales calificaciones y publicaciones académicas eran promocionadas más lentamente y recibían menores reconocimientos (Unger, 1998). Philip Goldberg (1968) también analizó mecanismos de evaluación selectiva, pero esta vez por parte de las propias mujeres que daban peores puntuaciones a ensayos supuestamente escritos por mujeres que a los mismos ensayos firmados por varones.

En 1969 el congreso anual de la APA presentó un simposio dirigido por Joann Evans Gardner bajo el largo nombre de “¿Qué pueden hacer las ciencias conductuales para modificar el mundo de forma que las mujeres que quieran participar significativamente no sean consideradas ni sean de hecho desviadas?” (Unger, 1998). De las relaciones y charlas informales entre activistas feministas durante dicho congreso, convertidas en “grupos de concienciación”, se fundó la *Association for Women Psychologists (AWP)*¹⁰, la cual se consagraría con el tiempo como asociación informal, externa a la APA, extra-académica y no jerárquica y de carácter más radical y activista que la posterior División 35 de “Psicología de las Mujeres”. Esta última surgiría de forma paralela, y con carácter formal y académico, como producto de la creación de una comisión de investigación desde dentro de la APA -

¹⁰ Para un análisis más detallado sobre la historia de esta activa y militante asociación feminista en psicología, ver Leonore Tiefer (1991).

el *Committee for Women in Psychology* (CWP) dirigido por Martha Mednick- con el objetivo de promocionar el estudio sobre el *status* de las mujeres en la psicología como sujetos y como objetos de conocimiento¹¹. En su libro *Resisting Gender. Twenty-five years of Feminist Psychology*, Rhoda Unger (1998) examinó el contenido de los congresos anuales de la APA desde 1965 hasta 1974, mostrando la alta presencia de simposia sobre psicología de las mujeres a partir de 1970 –con una media de 12 cada año- con nombres como “Mujeres psicólogas: ¿psicólogas? ¿militantes?”, “Psicología Social y la liberación de las mujeres” o “Psicología Clínica y teorías de la personalidad femenina”¹². Son años que coinciden con la emergencia de la “segunda ola” del feminismo y curiosamente con la elección de la tercera y cuarta presidentas de la APA -Ann Anastasi en 1972 y Leona Tyler en 1973-, rompiendo de este modo con una ausencia de mujeres presidentas en la APA de más de 50 años conservadores y anti-feministas.

Dentro de los estudios psicosociales sobre la situación de las mujeres como sujetos de la ciencia, destacó uno especialmente: “The Psychology of Tokenism: An analysis” publicado en la revista *Sex Roles* en 1975 –en el número inaugural-. En dicho artículo Judith Laws analizaba el fenómeno del *tokenismo* y lo que más tarde se denominará “el síndrome de la abeja reina” o mujeres excepcionales que prueban la regla: mujeres que han conseguido altos cargos y que han sido socializadas para creer que el sexo es irrelevante en las interacciones profesionales “meritocráticas”. Faye Crosby (1984) analizó pocos años después un fenómeno relacionado: la conciencia selectiva o “negación de la discriminación personal” en personas que pertenecen a grupos oprimidos y se perciben como excepciones. El fenómeno del “tokenismo” visibilizaba el difícil equilibrio identitario de mujeres académicas poco dispuestas a arriesgar su legitimidad y reconocimiento entre compañeros al

¹¹ En el caso de mujeres psicólogas, la pregunta de Alice Rossi “¿por qué tan pocas?” se convierte en ¿por qué habiendo *tantas* existen tan pocas en los libros de historia, en las publicaciones científicas o como editoras de revistas, en los altos cargos académicos o de asociaciones profesionales? ¿por qué en la medida en que asciende el status disminuyen los porcentajes de mujeres? Para un análisis de los porcentajes diferenciales por sexos durante la década de los 70 de miembros de la APA y miembros de su consejo de dirección, así como porcentajes diferenciales de publicaciones en la *American Psychologist*, la *Journal of Personality and Social Psychology*, la *British Journal of Psychology* y la *Revista de Psicología General y Aplicada*, ver Concha Fernández Villanueva (1982). En dicho texto también se cita el trabajo de Martha Teghtsonian de 1974 publicado en la *American Psychologist*, donde indicaba las distribuciones por sexos de autores y editores de revistas psicológicas –por ejemplo, en 1970 el porcentaje de mujeres editoras era el 4,3%, el 14,2% de autoras y el 11,7% de primeras autoras-. Fernández Villanueva también señala los altos porcentajes de autores/as que solo se identifican por su inicial, resultando imposible determinar su pertenencia sexual.

Estadísticas más recientes se encuentran en los resultados del Comité de Investigación de la APA sobre los “Cambios en la Composición de Género en la Psicología” en Pion, Mednick, Astin, Hall, Kenkel, Keita, Kohout y Kelleher (1996).

¹² Unger cuenta en su libro una curiosa y significativa anécdota en el congreso anual de la APA de 1974. Tras una publicación de Nancy Henley ampliamente difundida entre las psicólogas feministas del momento sobre las “políticas sexuales del contacto”, unas cuantas acordaron tocar a los varones como ellos lo solían hacer y ver qué pasaba: «Hubo muchos comentarios de desaprobación sobre el engreimiento de aquellas que se atrevían a poner sus manos sobre los hombros o brazos de los varones o que insistían en iniciar apretones de manos, pero habíamos aprendido que Nancy estaba en lo cierto.» (Unger, 1998: 11).

identificarse con otras mujeres o con temas de mujeres -actuando como si el sistema de sexo/género/deseo no marcara diferencia alguna-, pero sin desprenderse a su vez de la mascarada femenina para no ser rechazadas. El doble vínculo con la neutralidad masculina científica que no permite adscripciones marcadas de género y con las normas sociales que sancionan “desviaciones” genéricas. Una ambivalencia subjetiva y performativa a la que no se tenían que enfrentar los académicos varones y que a su vez evidenciaba los procesos de presión social y normativización, la dependencia del reconocimiento entre pares y el miedo al rechazo, así como el desprestigio de lo femenino y el miedo a sus efectos.

A partir de la década de los 80, a las investigaciones sobre la situación de las mujeres en la psicología como sujetos de conocimiento se le añaden las investigaciones sobre la situación particular de mujeres psicólogas que se especializan en estudios sobre mujeres o estudios feministas. Los análisis psicosociales del conocimiento y de la ciencia sobre las *mujeres en la psicología* son complementados con análisis sobre la situación de las *feministas en la psicología*. Las mujeres psicólogas que se especializan en “psicología de las mujeres” comienzan a darse cuenta que son escasas las revistas que aceptan sus artículos –muchos menos si no contienen estudios experimentales o empíricos- bajo la argumentación de que sus temas y objetos de estudio son demasiado “particulares y minoritarios” (Celia Kitzinger, 1990; Unger, 1998). En respuesta a esta necesidad se fundan las revistas *Sex Roles* en 1975 y *Psychology of Women Quarterly* en 1977 cuya línea editorial se dirige fundamentalmente a estudios empíricos sobre “psicología de las mujeres” y “psicología del género o de las diferencias sexuales”. No es hasta 1991 que se crea una revista que integra las palabras “psicología” y “feminismo” -*Feminism & Psychology*- abriendo un espacio para aquellos trabajos no empíricos de psicología feminista excluidos a su vez de las anteriores revistas. Por otro lado, se analiza el escaso impacto de las investigaciones sobre la psicología de las mujeres en la psicología *mainstream* recabando índices sobre citas y temas en revistas prestigiosas (Brinton Lykes y Abigail Stewart, 1986; Michelle Fine y Susan Gordon, 1989). Una vez “institucionalizado” el ámbito de la “psicología de la mujer” en la década de los 70, se plantean nuevos interrogantes: ¿estos trabajos son ignorados o poco citados porque están realizados *por* mujeres?, ¿porque son *sobre* mujeres? o ¿porque plantean cambios paradigmáticos para los cuales la comunidad de psicólogos todavía no está preparada? (Unger, 1998). En este sentido, surgen posteriores análisis epistemológicos sobre cómo la legitimidad profesional también depende de relaciones de poder donde intervienen las hegemonías de género y de conocimiento.

En un proceso de reflexividad sobre su trabajo muchas psicólogas feministas comienzan a plantearse el dilema “activismo *versus* academicismo” -*advocacy versus scholarship*- (Unger, 1982, 1998; Michele Wittig, 1985), un dilema que para muchas se traduce en una irreconciliable elección entre un trabajo académicamente “aceptable” por la comunidad de psicólogos –utilizando voces impersonales pasivas y distanciamientos activistas- o el abandono de la academia y la dedicación a la militancia feminista “desde los márgenes”. Otras en cambio apuestan por el desarrollo de un “feminismo anti-psicología” desde la propia academia (Corinne Squire, 1990); por mantenerse en un “empirismo feminista estratégico” conscientes de que ni es el único método ni el mejor, pero es necesario y políticamente efectivo (Unger, 1998); o critican la inoperancia política feminista de un relativismo paralizante (Weisstein, 1993). Algunas alertan sobre los peligros de cooptación académica y el consecuente desinflamiento político; otras defienden la existencia de estudios feministas como un

espacio de intervención necesaria en y desde la academia¹³. Psicólogas feministas han analizado las consecuencias de esta “doble alianza”, los “dobles estándares”, las “ambivalencias o contradicciones” que implica la posición de psicólogas-feministas (Unger, 1998; Fine y Gordon, 1989; Sue Wilkinson, 1991). «Comprometidas con la práctica feminista somos excluidas de la categoría de “psicólogas”. Practicando como “psicólogas” dejamos de actuar como feministas (...) El híbrido “psicología feminista” puede ser conceptualmente coherente *o bien* a través de una politización de la psicología, *o bien* a través de una despolitización del feminismo.» (Kitzinger, 1990: 124 y 132). Desde los criterios empiristas de objetividad y neutralidad parece que una “buena” investigación psicológica solo puede ser realizada a expensas de una buena teoría feminista, evitando mencionar y problematizar el poder y el contexto social, la existencia de mecanismos de opresión o hablar de patriarcado (Fine y Gordon, 1989; Paula Nicolson 1995; Kitzinger, 1990). La *marginalidad* de publicaciones sobre mujeres -realizadas por y sobre un grupo no normativo e infravalorado por la disciplina- se torna *ilegitimidad* si además se utilizan métodos o teorías feministas irreconciliables con un campo que aspira a ser lo más científico posible. Los estándares científico-académicos en psicología canalizan una “psicología de la mujer” o “psicología del género” basada en estudios experimentales o estudios empíricos cuantitativos. Pero la ambivalencia con la que se encuentran las académicas feministas psicólogas empiristas es que su trabajo es devaluado por la teoría feminista por su devoción por los datos y paradójicamente devaluado por la psicología debido a su conexión con la ideología y la teoría feminista (Unger, 1998).

Sue Wilkinson (1991) y Celia Kitzinger (1990) han analizado desde perspectivas psicosociales de la ciencia tres mecanismos de defensa, resistencia y control de la psicología tradicional frente a la psicología feminista: el control por *definición*, el trabajo feminista es definido como inapropiado e ilegítimo; el control por *exclusión* de los principales canales de publicación y la consecuente *marginalización*-“guetización” a revistas “radicales”; y por último, el control mediante la *retórica* de la meritocracia y la retórica falsamente polarizada “ciencia *versus* política”¹⁴. «Cuando escribo como feminista, se me excluye de la categoría de “psicóloga”. Cuando hablo de estructura social, de poder y políticas, cuando utilizo un lenguaje y conceptos enraizados en mi comprensión de la opresión, se me dice que lo que digo no se puede calificar como “psicología”. Debido a que aquellos que controlan la definición de la “psicología” actúan como porteros de revistas profesionales, no puedo publicar en ellas» (Kitzinger, 1990: 124-125).

Por otro lado, Sue Wilkinson (1991) ha analizado tres motivos por los cuales las feministas abandonan la psicología académica y terminan desplazándose a otros campos más afines: la asimetría de la relación entre psicología y feminismo -¿qué tiene la psicología tal y como está definida que ofrecer a las feministas?--; los límites del potencial para el cambio y los peligros de co-optación a consecuencia de una socialización académica en la conformidad; y por último, una incompatibilidad de valores y objetivos entre el feminismo y la psicología tal como está siendo definida que supone

¹³ Para un mayor análisis sobre todas estas posturas ver la compilación de Erica Burman (1990) *Feminists and Psychological Practice*.

¹⁴ Wilkinson (1990, 1991) también ha analizado los mecanismos psicosociales de resistencia de la psicología tradicional frente a la creación de la Sección de “Psicología de las Mujeres” en la *British Psychological Society*.

una despolitización del feminismo. «La psicología no es precisamente amistosa con las mujeres¹⁵. La universitaria expectante a la que un amplio profesorado masculino le enseña una psicología ciega al género -cuando no misógina-, es probable que termine rápidamente desilusionada (...) No es sorprendente que muchas abandonen la disciplina con la sensación de que no es para ellas. Las mujeres que permanecen en la psicología, y particularmente aquellas de nosotras que buscamos realizar intervenciones feministas, también nos podemos sentir así, ya que generalmente nos encontramos con una considerable resistencia a nuestros esfuerzos» (Wilkinson, 1991: 192).

El relativo auge del paradigma socioconstruccionista en psicología social parece que ha abierto nuevos espacios menos “malabarísticos” para una psicología feminista que desde sus orígenes a finales del XIX ya enfatizaba la importancia del contexto social. Partiendo de las críticas al positivismo, al individualismo y al esencialismo, los problemas surgen ahora ante posibles disoluciones políticas en relativismos paralizantes (Weisstein, 1993); la urgencia política de datos empíricos en una sociedad que todavía basa los cambios sociales en “hechos científicos” (Kitzinger, 1999); y la importancia de cambios individuales “mientras se espera la revolución” (Laura Brown, 1992). A pesar de las tendencias predominantemente lingüísticas del construccionismo social, derivas feministas han tratado de enfatizar las tozudeces y sedimentaciones semiótico-materiales, recuperar la importancia del cuerpo, la agencia de los no-humanos, políticas comprometidas que no exigen sujetos identitarios fuertes a priori, etc.

Por otro lado, la mayor parte de la psicología de las mujeres o psicología feminista ha reproducido a su vez la exclusión de otras diferentes diferencias, siendo predominantemente una psicología de y para mujeres blancas, heterosexuales y de clase media-alta. Mujeres psicólogas feministas lesbianas, negras, no-occidentales o con algún tipo de discapacidad y que además quieran dedicarse al estudio sobre los grupos que representan se encuentran en situaciones de mayor marginalización y exclusión, a veces desde la propia “psicología de las mujeres” y “psicología feminista” (Brown, 1989; Squire, 1989; Lillian Comas-Díaz, 1991; Christine Iijima Hall, 1997). La APA no estableció una Sociedad para el “Estudio Psicológico sobre Cuestiones de Minorías Étnicas” hasta 1987 -doce años después de que se creara la división de “Psicología de las mujeres”-. En 1975 la APA votó prohibir la discriminación frente a psicólogos gays y lesbianas que hasta dos años antes -1973- estaban etiquetados como enfermos mentales en el *DSM* por sus propios compañeros de profesión (Sephen Morin, 1977; Herman, 1994). En 1985 se establece la Sociedad para el “Estudio Psicológico sobre Cuestiones de Gays y Lesbianas”. No obstante, estos avances han tenido un efecto más bien escaso sobre la tendencia general de la psicología, incluida la “psicología de las mujeres”, que representan lo blanco y lo heterosexual como norma-neutra-generalizable, construyendo las diferencias como inferiores, invisibilizándolas o “guetizándolas” en epígrafes marginales. Como señaló Robert V. Guthrie (1976) en psicología “incluso las ratas son blancas”. Desde la constatación estadística de la “creciente obsolescencia” de una psicología que no reconoce las diferencias -tanto de sus sujetos practicantes como de sus objetos de estudio-, se han elaborado varios trabajos advirtiendo sobre las consecuencias negativas de estas exclusiones y proponiendo una mayor inclusividad democrática -y una revisión de los contenidos- en la investigación, enseñanza, y práctica de/con personas de color y

¹⁵ Si la psicología es poco amistosa con las mujeres, muchos menos lo es con las mujeres negras o con las mujeres lesbianas. Celia Kitzinger (1990) nos cuenta en “Resisting the discipline” su rechazo a la psicología después de haber tenido una relación con otra mujer y buscar en la psicología información sobre el lesbianismo.

de otras culturas no-occidentales, personas gays, lesbianas, bisexuales y transexuales, personas con discapacidad, etc. (Hall, 1997; Hope Landrine, 1995).

La cuestión de las mujeres en la ciencia-psicología (II): Las mujeres como Objetos de conocimiento científico-psicológico

Como ha señalado Sandra Harding (1986/1996) la ciencia se ha valido de las políticas del género para su propio progreso y, a su vez, las políticas de género se han valido de la ciencia para justificar la dominación de las mujeres. La crítica feminista también ha abordado la cuestión de las mujeres en la ciencia en el sentido de la construcción científica de la “mujer” como *objeto* de estudio, así como el sexismo y el androcentrismo en las prácticas científicas. Por un lado, el pensamiento científico y racional se ha construido sobre la base de metáforas de “mentes” y “razones” masculinas que conocían “naturalezas” femeninas (Evelyn Fox Keller, 1991; Wendy Hollway, 1989). Derivado de ello, la crítica feminista ha analizado la oposición histórica a que las mujeres pudieran ocupar el lugar del sujeto del conocimiento-razón a través de la educación o la ciencia. Esta oposición se ha asentado en un pensamiento dicotómico que construía a la mujer-emocional científica como una contradicción en sus propios términos. Las críticas feministas han denunciado a su vez el uso y abuso de teorías biológicas y sociales al servicio de proyectos sociales sexistas, racistas, homófobos y clasistas, así como los sesgos de género a lo largo del proceso de producción científica y los valores androcéntricos en las diferentes disciplinas.

En lo que a la psicología se refiere, Ellen Herman (1995) ha analizado el “curioso cortejo” de la psicología y el feminismo de la segunda ola. Por un lado, señala el recelo de las feministas frente a la psicología y los expertos psicólogos que tras la guerra habían convertido a las madres – especialmente las madres “masculinas” que trabajaban- en chivos expiatorios responsables tanto de “neurosis de soldados” como de desastres sociales. «A los ojos de muchas feministas, la psicología era poco más que sexismo disfrazado de ciencia» (Herman, 1995: 279). No obstante, la tesis de esta autora es que si bien la psicología ayudó a “construir la feminidad”, también -y en respuesta a ello- provocó en parte la nueva ola del feminismo, que a su vez se valió de herramientas psicológicas teóricas que ayudaban a explicar los aspectos psicológicos-subjetivos –no solo los materiales- de la opresión patriarcal. Este fue el caso del concepto de *identidad* derivado de las críticas de Kate Millett (1969/1995) a Erikson, enfatizando la dimensión social de la experiencia subjetiva y asociando la identidad con los procesos de socialización de género como base ideológica del poder patriarcal –recogiendo el lema de Beauvoir “la mujer no nace se hace”-. También las tesis humanistas de Betty Friedan (1963/1974) sobre el “problema que no tiene nombre” en las mujeres estadounidenses blancas de clase media, producto del sacrificio de su autorrealización al servicio de los demás; o los presupuestos psicológico-humanistas implícitos en los grupos de concienciación a partir del lema “lo personal es político” (Kate Millett, 1969/1995). Pero fundamentalmente el énfasis de psicólogas sociales feministas del momento no solo en el estudio de estereotipos sexuales y prejuicios de género, también en el análisis del *poder* y la influencia del *contexto social* (Unger, 1998). Esta convergencia de “la psicología construye la feminidad” y “la psicología construye a la feminista” se hizo patente muy especialmente en las obras de tres feministas y psicólogas sociales: Betty Friedan, Kate Millett y Naomi Weisstein.

Betty Friedan se había licenciado en psicología con *suma cum laude* en el *Smith College* en 1942 y abandonó sus estudios de doctorado en Berkeley para dedicarse a una vida doméstica. Tras una investigación que le encargó el *Smith College* sobre las contribuciones a la ciencia de las mujeres que

se licenciaron en su mismo año, comenzó a tomar conciencia de lo que más tarde denominó “el problema que no tiene nombre” o la pérdida colectiva de identidad de las mujeres de su generación. Dicho estudio fue plasmado en un primer artículo “I say: Women are *People Too!*” y más tarde en el best seller *La Mística de la Feminidad*. Se trataba de una crítica enfadada y exhaustivamente documentada que denunciaba la situación de muchas mujeres blancas de clase media con estudios superiores, convertidas por la sociedad en “amas de casa” sin proyectos propios –como se encontró a ella misma respondiendo al censo de 1960-. El libro tuvo un gran impacto y muchas mujeres se vieron identificadas con las vidas vacías de mujeres educadas que abandonaban y sacrificaban sus proyectos individuales para dedicarse a la vida de los demás. No obstante, si bien el libro evidenció la necesidad de políticas liberales de reforma, también fue criticado por ser excesivamente psicológico y por generalizar la situación de mujeres blancas heterosexuales de clase media a todas las mujeres.

La obra de otra feminista psicóloga social y miembro de la NOW, Kate Millett, también es especialmente interesante a este respecto. En 1968 y desde el subcomité de educación de la NOW elaboró el panfleto *Token Learning* (Rossiter, 1995), desde donde criticaba a los *colleges* de mujeres por haber abandonado su apoyo al feminismo –contratando antes a profesores varones que a mujeres- y por contener programas de estudio diseñados para formar y convertir a mujeres en ciudadanas de segunda clase. Su libro *Política Sexual* se ha convertido en un clásico de la literatura del feminismo radical, conceptualizando el patriarcado como *política sexual* y las relaciones entre los sexos como relaciones políticas que demandan cambios no sólo públicos sino también privados: “lo personal es político”. Millett señala que la política sexual del patriarcado se asienta en los procesos de socialización de ambos sexos que conforman el temperamento –o componente psicológico-, el papel social –o componente sociológico- y la posición social –o componente político-. Basándose en Beauvoir y en el concepto de “identidad genérica esencial” de Stoller y su distinción entre sexo biológico y género social en *Sex and Gender* de 1968, Millett enfatizó la construcción social del sexo y de la sexualidad en un momento de auge sociobiológico. Derivado de ello, criticó los escasos trabajos desde la psicología sobre las repercusiones psicológicas y sociales de la supremacía masculina, y al igual que Beauvoir, Friedan, Firestone, Figs o Greer dedicó no pocas críticas a la ideología sexista y androcéntrica del psicoanálisis. No obstante, las aportaciones feministas de Millett en relación con la psicología vinieron también de su asociación con movimientos de anti-psiquiatría y de su propia experiencia de internamiento en un psiquiátrico –obligada por su familia- en la década de los 70 tras reconocer públicamente su lesbianismo. Las críticas de Millett a la psicología y psiquiatría clínica fueron reflejadas en sus autobiografías *En pleno vuelo* (1974/1990) y *The Looney Bin-Trip* (1990/2000).

La crítica al sexismo en la práctica clínica psicológica fue recogida también por diferentes académicas feministas de la segunda ola. Phyllis Chesler en la conferencia anual de la APA en 1970 sorprendió a su audiencia demandando «un millón de dólares “en reparaciones” para aquellas mujeres que nunca habían sido ayudadas por los profesionales de la salud mental pero que en cambio sí habían sido objeto de abuso: etiquetadas negativamente, sedadas, seducidas sexualmente durante tratamiento, hospitalizadas contra su voluntad, objeto de descargas eléctricas, lobotomías, y sobre todo, rechazadas como demasiado “agresivas”, “promiscuas”, “depresivas”, “feas”, “viejas”, “desagradables” o “incurables”.» (Chesler, 1970 en Wilkinson, 1997). Chesler (1972) denunció en su libro *Women & Madness* cómo las mujeres eran categorizadas como mentalmente inestables tanto si se conformaban a los dictados de la feminidad como si se rebelaban a ellos, y cómo los psicólogos y psiquiatras varones habían construido la locura y la feminidad de forma “especular”. A consecuencia de ello, se oponía al tratamiento de mujeres por parte de profesionales varones y apoyaba el

desarrollo de comunidades terapéuticas formadas exclusivamente por mujeres. Pauline Bart, socióloga experta en tratamientos a mujeres por depresión y tras violaciones, también sugirió en 1971 «reparaciones y compensaciones económicas de los psicoterapeutas por todos los años en los que tantas mujeres habían desperdiciado su tiempo y dinero en la psicoterapia, una psicoterapia basada en falsas asunciones sobre la naturaleza de las mujeres» (Herman, 1995: 282). El feminismo en alianza con la anti-psiquiatría denunció la autoridad del poder médico sobre los cuerpos y vidas de las mujeres y la atribución personal e intrapsíquica de problemas sociales producto de la dominación masculina. A finales de los 60 y principios de los 70 se organizaron protestas y boicots de grupos feministas y de gays y lesbianas en convenciones de asociaciones psiquiátricas y psicológicas, denunciando la construcción social de enfermedades mentales a través de prejuicios sexistas, racistas, políticos y homófobos. Las feministas exigían el final de la culpabilización de las madres, la libertad para prisioneros políticos, gays y lesbianas internados en instituciones mentales y protección legal frente a prácticas violentas y abusivas de clínicos.

La convergencia de “la psicología construye la feminidad” y “la psicología construye a la feminista” se hará especialmente evidente en la figura de Naomi Weisstein y su polémico y radical “Kinder, Küche, Kirche as Scientific Law: Psychology Constructs the Female” presentado en 1968¹⁶. Un artículo que ya anunciaba posteriores alianzas feministas con el construccionismo social y que excepcionalmente tuvo más impacto sobre las feministas fuera de la psicología que dentro de ella (Unger, 1998). Como ha señalado Celia Kitzinger (1993) Weisstein impulsó con este texto clave para la psicología feminista una (re)construcción de la psicología desde el feminismo: la necesidad de desplazar la “psicología construye lo femenino y la mujer” al “feminismo reconstruye a la psicología”. «El argumento central de mi artículo es el siguiente. La psicología no tiene nada que decir sobre cómo son las mujeres, lo que necesitan o lo que quieren, especialmente porque la psicología no lo sabe» (Weisstein, 1968/1993: 197). Y no lo sabe, en opinión de Weisstein, por su obsesión por los rasgos internos y su descuido del contexto social. Para explicar el comportamiento de las mujeres es necesario comprender las condiciones y expectativas sociales bajo las cuales viven las mujeres. Gran parte del artículo de Weisstein está dedicado a una exhaustiva exposición de experimentos clásicos en psicología social – presentados en oposición a las teorías biologicistas- que venían a demostrar la necesidad de analizar las influencias del contexto social en el comportamiento de las personas¹⁷. «Hasta que los psicólogos no comiencen a respetar la evidencia, hasta que no empiecen a analizar los contextos sociales en los cuales la gente se mueve, la psicología no tendrá nada sustancioso que ofrecer en la tarea del descubrimiento. (...) Lo que está claro es que hasta que las expectativas sociales hacia varones y mujeres no sean iguales, y hasta que no proporcionemos el mismo respeto a varones y mujeres, nuestra respuestas a esta cuestión [la existencia de diferencias sexuales inmutables] simplemente reflejará nuestros prejuicios» (Weisstein, 1968/1993: 208).

¹⁶ La revista *Feminism & Psychology* ha dedicado un monográfico especial a dicho texto en su volumen 3(2) de 1993.

¹⁷ El énfasis en los aspectos sociales de la subjetividad o la influencia del contexto social en las diferencias sexuales ha sido una tónica constante en el pensamiento feminista desde las pioneras psicólogas hasta “la mujer no nace, se hace” de Beauvoir. Resulta sorprendente la escasa atención o el desconocimiento de la psicología social a estas aportaciones.

A partir del texto de Weisstein algunas psicólogas se decidieron a “reconstruir” la psicología de la mujer, del género o de las diferencias sexuales, y en la década de los 70 y comienzos de los 80 se publicaron una serie de artículos revisando de forma crítica los estudios psicológicos sobre el tema. De especial interés fueron los recogidos en una de las revistas más prestigiosas de teoría feminista, *Signs*: “Review Essay: Psychology” y “Psychology and Women: Review Essay” de Mary Parlee (1975, 1979), “Review Essay. Psychology” de Reesa Vaughter (1976) y “Psychology and Gender” de Nancy Henley (1985). Junto a estas revisiones, comienzan a escribirse libros sobre “psicología de las mujeres” firmados por mujeres –no en todos los casos necesariamente feministas- y recopilaciones sobre psicología de las diferencias sexuales (Eleanor Maccoby y Carol Jacklin, 1974; Julia Sherman y Florence Denmark, 1978).

De esta época son especialmente destacables dos artículos críticos de Carolyn Wood Sherif (1979, 1979/1987): “What every intelligent person should know about Psychology and Women” y “Ethnocentrism, Androcentism, and Sexist Bias in Psychology” y otro artículo de Beverly M. Walker (1981) “Psychology and Feminism –If you can’t beat them, join them”. De forma irónica en uno de estos textos Carolyn Sherif nos presentaba su particular “breve curso sobre cómo perpetuar un mito social” sobre diferencias sexuales:

«La lección para aquellos que quieran perpetuar sesgos de género en la investigación psicológica es clara: Restringe el marco de estudio a un estrecho margen de tiempo. Atiende exclusivamente a lo que decidas que es importante, ignorando el resto tanto como te sea posible. Etiqueta estos aspectos importantes en términos de “variables”, tanto para sonar objetivo como para enmascarar tu ignorancia. Organiza la situación de investigación como tú elijas. Si estás sesgado, la situación lo estará. Registra tus datos selectivamente elegidos e interprétalos como si estuvieras tratando con verdades eternas. Si alguien intenta hacer referencia a circunstancias históricas, culturales u organizacionales fuera de tu estrecho marco de estudio, o bien 1) rechaza tales afirmaciones refiriéndote a hechos y disciplinas “blandas” que a tu entender resultan de escasa relevancia para tus hallazgos y variables rigurosamente controladas; o 2) sugiere que cada cual tiene diferentes intereses, y que los tuyos están en la psicología, cualesquiera sean sus limitaciones, y no en la historia, cultura, etc.» (Sherif, 1979/1987: 50).

Las psicólogas feministas han criticado el esencialismo biologicista presente en determinadas teorías psicológicas, los sesgos sexistas o de género en el proceso de investigación y el androcentrismo teórico de la psicología al olvidar determinadas experiencias particulares de las mujeres o al mostrarlas como “deficiencias” o patologías respecto a la norma masculina considerada universal. Rachel Hare-Mustin y Jeanne Marecek (1988, 1994) han diferenciado entre “sesgos alfa” en psicología o la exageración de las diferencias y la polarización de género, y “sesgos beta” cuando las diferencias de género son minimizadas. En ese mismo sentido, Fine y Gordon (1989) han destacado cómo la psicología se ha reapropiado y ha despolitizado el feminismo precisamente mediante la investigación de las diferencias de género y a través de la presunción de la neutralidad de género. Por su parte, Sue Wilkinson (1997) ha descrito cinco tradiciones feministas críticas con la representación en psicología de la mujer como inferior: 1) la “falsa medida de la mujer” o las críticas a la psicología como “mala ciencia” o “ciencia sesgada”; 2) el problema no son las mujeres, sino la *internalización de la opresión de las mujeres*; 3) podemos aprovecharnos de una perspectiva diferente *escuchando las voces de las mujeres*; 4) deberíamos *abandonar* la cuestión de las diferencias sexuales; 5) deberíamos *reconstruir* la cuestión de las diferencias sexuales.

Desde la primera tradición, “la falsa medida de la mujer”, psicólogas feministas empiristas han denunciado los “sesgos de género” que se introducen a lo largo del proceso de investigación psicológica (Janet Hyde, 1995; Borrill y Reid, 1986): (1) modelos teóricos o lenguajes sesgados; (2) sesgos en la formulación de preguntas planteando determinadas cuestiones y no otras a consecuencia de estereotipos de género –por ejemplo, hasta hace poco no se había planteado si los varones experimentaban también cambios mensuales de humor-; (3) sesgos en la selección de las muestras: o bien utilizándose con mayor frecuencia a varones que a mujeres –las teorías sobre la “motivación de logro” de McClelland, el “desarrollo moral” de Kohlberg o la “categorización social” de Tajfel se desarrollaron inicialmente a partir de estudios con muestras exclusivamente masculinas-, o bien realizando la selección en función de estereotipos -por ejemplo, los estudios sobre agresión se han realizado sobre muestras mayoritariamente masculinas-; (4) sesgos de género derivados de los efectos del experimentador o del observador -cuando se obtiene lo que se quiere conseguir-; (5) sesgos en las interpretaciones o en la publicación exclusivamente de resultados significativos -solo nos enteramos cuando difieren varones y mujeres y no cuando no lo hacen, resaltándose las diferencias de género y no las semejanzas, etc.-¹⁸. En este sentido, varios trabajos han presentado un conjunto de orientaciones guía para evitar el sexismo en la investigación psicológica (Denmark, Russo, Frieze y Sechzer, 1988; McHugh, Koeske y Frieze, 1986) y han propuesto técnicas metodológicas como el “meta-análisis” con el objetivo de contrarrestar afirmaciones sobre la diferencia-inferioridad femenina (Hyde, 1994a).

De la segunda y tercera tradiciones señaladas por Wilkinson -“el problema no son las mujeres, sino la *internalización de la opresión de las mujeres*” y la atención a las “*voces diferentes de mujeres*”-, se han generado los constructos teóricos que quizá hayan tenido más repercusión hacia fuera de la psicología: el concepto de “miedo al éxito” teorizado por Martina Horner, “una voz diferente” de Carol Gilligan¹⁹ o constructos psicológicos como “homofobia o lesbofobia”. No obstante, autoras como Martha Mednick (1989) o Celia Kitzinger y Rachel Perkins (1993) han incidido en el carácter político más que intelectual del éxito de estos términos psicológicos, que despolitizan problemas sociales reduciéndolos a variables intrapsíquicas o individuales -a veces reproduciendo esencialismos homogeneizadores y a veces culpabilizando a las víctimas- eludiendo análisis sobre diferencias de poder o factores socio-estructurales. Como ha señalado Katherine Hayles (1986), la “voz diferente” de Gilligan se ha construido sobre la base de suprimir la ira de las mujeres: la única voz femenina que un mundo masculino –y la psicología- autoriza es una voz de cuidado y conciliación, no aquella que expresa abiertamente su ira.

La cuarta y quinta tradiciones, el *abandono* o la *reconstrucción* del estudio sobre las diferencias sexuales, han dado pie a no pocos debates en el seno de la psicología feminista²⁰. La teorización del

¹⁸ Para un mayor análisis sobre diferentes investigaciones empíricas indicando sesgos de género en el proceso de investigación científica, ver Squire (1989), Hyde (1995) o Unger (1998).

¹⁹ En 1986 *Signs* dedicó un “forum interdisciplinario” monográfico sobre “una voz diferente” de Gilligan.

²⁰ La revista *Feminism & Psychology* dedicó en 1994 un monográfico sobre “Should Psychology Study Sex Differences?” –“¿Debería la Psicología estudiar las diferencias sexuales?”-, presentando artículos de defensoras y detractoras de los estudios sobre diferencias sexuales. El mismo debate fue anteriormente planteado en las páginas de la *American Psychologist* (Alice Eagly, 1987; Roy Baumeister, 1988; Esther Rothblum, 1988; Eagly, 1990) y en la *Bulletin of the British Psychological Society* (Borrill y Reid, 1986; John Archer, 1987).

género como diferencia y no como poder, la confusión de las diferencias sexuales con diferencias de poder, la reificación de conceptos como “masculinidad” y “feminidad” –incluida también en el concepto de “androginia”²¹–, la construcción de una polarización dicotómica de los sexos con su consecuente heterosexismo y homogeneización interna, y el olvido de que el género está subjetiva y culturalmente situado, son algunas de las críticas a la “perversión de los estudios sobre el género” y la fetichización y obsesión por las diferencias (Fine y Gordon, 1989; Bem, 1993; Kitzinger, 1994; Hare-Mustin y Marecek, 1994). Los estudios sobre diferencias sexuales o psicología del género han analizado empíricamente el “sexo/género” como una variable sujeto –*rasgo*– y como una variable de estímulo social –*situación*–. Para algunas psicólogas feministas el auge de estos estudios y su aceptación dentro de la psicología dominante bajo los epígrafes de “psicología del género” o “psicología de las diferencias sexuales” puede explicarse en gran medida por su desvinculación de análisis de poder en el estudio de las diferencias y por su adhesión rígida a los cánones metodológicos empiristas. Desde una “psicología feminista socioconstruccionista” se sostiene que más que preguntarse sobre cuáles sean las diferencias “reales” entre varones y mujeres, la psicología debería estudiar cómo las personas –incluidos los psicólogos– *construimos* varones y mujeres como sexos diferentes (Unger, 1994; Wilkinson, 1997). «¿Qué hacemos con las diferencias entre los sexos? ¿Qué significan? ¿Por qué hay tantas? ¿Por qué hay tan pocas? Quizá deberíamos preguntarnos: ¿Qué importancia tienen las diferencias? ¿Qué hay más allá de las diferencias? Dejando a un lado la diferencia, ¿en qué otra cosa consisten los sexos? *La pregunta suprema es la que se refiere a la elección de la pregunta.*» (Hare-Mustin y Marecek, 1994: 16). Desde una posición diferente, psicólogas feministas empiristas han argumentado que no se puede negar el valor pragmático –bajo un contexto hegemónico de empirismo científico– de unos datos sobre diferencias sexuales que puedan ser *usados* políticamente en un sentido feminista, y que del mismo modo no se pueden olvidar las negativas consecuencias políticas de abandonar un campo marcado históricamente por el sexismo (Hyde, 1994b; Eagly, 1994).

Recogiendo estos debates, Erica Burman (1998a) ha diferenciado entre una *psicología de la mujer* y una *psicología feminista*. Para esta autora, la psicología de la mujer se centra exclusivamente en la mujer: su objetivo es hablar de y para las experiencias psicológicas específicas de las mujeres como objetos feminizados de la mirada masculina de la psicología. Según esta autora, los peligros que entraña esta postura son los siguientes: (1) si bien abre nuevas áreas antes desatendidas por la psicología, entra en complicidad con los métodos y técnicas de investigación elaboradas desde el positivismo, sin poner en tela de juicio el proyecto de una psicología científica con su ética de la instrumentalidad, manipulación y control; (2) es cómplice con los esfuerzos de la psicología por excluir y “guetizar” la atención a los temas sobre género en su creación de un área separada de la psicología sobre las experiencias de las mujeres; (3) Al privilegiar el género, corre el peligro de unirse con la corriente tradicional masculina en psicología, abstrayendo y reificando las identidades y categorías sociales, produciendo un relato ahistórico que trata las experiencias y las cualidades de

²¹ El concepto de “androginia” elaborado desde la psicología feminista por Sandra Bem ha sido otro de los constructos psicológicos –junto con el “miedo al éxito” y “una voz diferente”– que más ha calado en el lenguaje común y ha trascendido a la psicología dominante (Mednick, 1989). No obstante, sus principales teóricas –Sandra Bem y Bernice Lott– se han distanciado críticamente de dicho término que reproducía de nuevo la dualidad –aunque ahora bajo dos continuos– y la existencia *a priori* de lo “masculino” y lo “femenino” como algo tangible e independiente, por otro lado solo identificables por expertos psicólogos (Lott, 1994; Bem, 1993; Morawski, 1994).

las mujeres como inherentes o esenciales; (4) ignora otros ejes de opresión en articulación con las experiencias de género -raza, clase, sexualidad, etc.-, tratando las categorías de identidad como elementos separados estables y aditivos, y subordinando otros parámetros estructurales de la identidad al género. En contraposición, esta autora propone la psicología feminista como un espacio intermedio entre las políticas feministas y las prácticas psicológicas. El cambio de nombre no es azaroso, pues mientras en la psicología de la mujer, la "mujer" actúa como *objeto*, en la psicología feminista, el carácter feminista remite a un *sujeto* de pensamiento. En esta psicología feminista, los temas de raza, clase y sexualidad ocupan una posición destacada en las discusiones sobre las políticas de la práctica feminista en psicología.

A este respecto resultan significativas las escasas "fertilizaciones cruzadas" entre la teoría feminista y la psicología empírica sobre las diferencias sexuales. La psicología del género asentada mayoritariamente en la distinción sexo/género ha prestado poca atención a los análisis feministas que cuestionan la teorización del sexo como un receptáculo pasivo-natural prediscursivo donde se inscribe el género-cultural. Frente a esta concepción dualista, se destaca el carácter también construido del sexo y la insolubilidad de sexo/género/deseo (Judith Butler, 1990/2001). Es igualmente significativo que la teoría feminista haya acudido al psicoanálisis en sus teorizaciones sobre los procesos de conformación de subjetividades y salvo excepciones –el interaccionismo simbólico de Mead y Goffman por ejemplo- no haya encontrado en la psicología aportaciones relevantes.

LAS EPISTEMOLOGÍAS FEMINISTAS: "LA CUESTIÓN DE LA CIENCIA EN EL FEMINISMO"

¿Es el sistema de sexo/género/deseo epistemológicamente relevante? «¿Quién es el sujeto de conocimiento? ¿Cómo afecta la posición social del sujeto de conocimiento a la producción de conocimiento? ¿En qué medida el cuerpo sexuado del sujeto influye sobre el conocimiento y la razón? ¿Es todo conocimiento expresable en formas proposicionales? ¿Cómo se puede maximizar la objetividad si se reconoce que es imposible eliminar el perspectivismo? ¿Son las perspectivas de los oprimidos epistemológicamente privilegiadas? ¿Cómo categorías sociales como el género afectan las decisiones teóricas de los científicos? ¿Cuál es el rol de las ciencias sociales en la naturalización de la epistemología? ¿Cuál es la conexión entre conocimiento y política?» (Linda Alcoff y Elisabeth Potter, 1993: 13). Todos estos son aspectos que vienen abordando las epistemologías feministas al considerar la cuestión de la ciencia en y desde el feminismo. Si la constatación de las discriminaciones de las mujeres en las diversas disciplinas científicas –y entre ellas en la psicología- había llevado a una consideración de la posición de las mujeres como *sujetos* productores de conocimiento científico y como *objetos* de análisis de la ciencia, con el desarrollo de las epistemologías feministas se plantea un relevante salto cualitativo. Ya no se trata exclusivamente de demandas de carácter metodológico que pretendan eliminar los habituales e invisibilizados sesgos sexistas en la actividad científica desde un empirismo feminista: se van a proponer diferentes formas de hacer "mejor" ciencia incorporándose aspectos ético-políticos.

Con el desarrollo de las epistemologías feministas al igual que con los estudios sociales del conocimiento científico, el carácter neutral, universal y autónomo de la ciencia como maquinaria de producción de saber se pone en cuestión. Pero en los estudios sociales del conocimiento científico el

énfasis se va a centrar en *describir* cómo efectivamente se hace ciencia. Desde las epistemologías feministas sin embargo, la atención no se sitúa tanto en descripciones de la *ciencia en acción* –à la Latour- sino en la urgencia de promover una mejor ciencia: «Las feministas tienen que insistir en una mejor descripción del mundo; no basta con mostrar la contingencia histórica radical y los modos de construcción para todo.» (Haraway, 1995: 321). Un proyecto de “ciencia sucesora” (Harding, 1986/1996) que consciente del papel de la ciencia en la producción de realidad y su complicidad con el mantenimiento y justificación de múltiples exclusiones y jerarquizaciones sociales²² no puede renunciar a *prescribir* y teorizar una mejor forma de conocimiento.

A partir de la segunda ola del feminismo, la crítica feminista había denunciado el sexismo y androcentrismo en diferentes prácticas culturales: la historia, la literatura, el cine, la publicidad, etc. «Pero la alarma creciente salta cuando el análisis feminista dirige su arsenal crítico hacia un producto cultural privilegiado: el conocimiento científico.» (González García, 2002: 348). El privilegio epistémico del conocimiento científico sustentado en su objetividad, universalidad, neutralidad y racionalidad se tambalearía de admitir que el sexismo y el androcentrismo impregnan la ciencia –en cuanto institución social, ocupación, prácticas científicas, lenguaje y metáforas, metodología y contenidos-. Si ya resulta blasfemo afirmar que la ciencia –no sólo la *mala* ciencia, sino *toda* producción científica- es política por otros medios (Latour, 1983/1995), pretender además basarse en una ideología política para desarrollar un mejor conocimiento parece una contradicción en sus propios términos. «¿Cómo puede incrementar la objetividad de la investigación una indagación tan politizada?» (Harding, 1986/1996). ¿En qué consistiría esa “ciencia sucesora”? ¿Cómo desarrollar una doctrina de la objetividad que reconozca la parcialidad, las diferentes diferencias y dé cuenta de las desiguales distribuciones de poder en que se conforman? En definitiva, ¿cómo generar epistemología feminista?

Diferentes estudios ya han insistido en clasificaciones que enfatizan las diferencias entre las múltiples y complejas posiciones teóricas que sobre todo a partir de los 90 han eclosionado en el ámbito de las epistemologías feministas²³. No obstante, también resulta relevante a mi entender describir los desplazamientos generales epistémico-políticos que estas diferentes posiciones feministas proponen sobre los estudios sociales de la ciencia:

²² Por ejemplo, el papel de la psicología en la justificación de la desigualdad entre los sexos y en la patologización de las sexualidades que no responden a la normatividad heterosexual, o las vinculaciones de la producción científica en el desarrollo colonial, el racismo o la industria militarista.

²³ Harding (1986/1996) ofreció en *Ciencia y feminismo* la ya clásica distinción entre *empirismo feminista*, el *punto de vista feminista* y el *posmodernismo feminista*, y han sido muchas las epistemólogas feministas que han seguido y aplicado en el seno de diferentes disciplinas esta clasificación²³, o que han propuesto matizaciones o variaciones sobre la misma. Así por ejemplo, Marta González García y Eulalia Pérez Sedeño (2002) han introducido la distinción entre *empirismo ingenuo* y *empirismo contextual* además de añadir el que denominan *enfoque psicodinámico* –Evelyn Fox Keller y Susan Bordo-. Por su parte Alessandra Tanesini (1999) ha distinguido entre *empirismo contextual* –Helen Longino- y *empirismo naturalizado* –Lynn H. Nelson-, entre *epistemologías naturalizadas* desde el contexto de la filosofía y desde la psicología y la sociología del conocimiento –Lorraine Code, Elisabeth Potter, Lynn H. Nelson-, las *epistemologías del punto de vista* –Hilary Rose, Nancy Hartsock, Dorothy Smith, Patricia Hill Collins, Sandra Harding- y *los estudios culturales de la ciencia* –Donna Haraway-.

Interdiscipliniedad epistemológica. Las epistemólogas feministas parten de presupuestos epistemológicos que no resultan reductibles a una filosofía de la ciencia pero tampoco a una ciencia de la ciencia (Tanesini, 1999). Esto es, no se limitarían a una consideración de los métodos racionales o del ordenamiento de las proposiciones lógico-inductivas, ni tampoco al simple desarrollo de estudios empíricos sobre la ciencia en acción. Además tienden a eludir formas de vasallaje disciplinar potenciando la interdiscipliniedad, lo que se vincula a una ruptura con la rígida separación entre ciencia y política. Por otro lado, esta interdiscipliniedad se evidencia en sus constantes diálogos con la sociología del conocimiento científico y la filosofía de la ciencia, si bien se trata de diálogos profundamente asimétricos ya que tanto la filosofía como la sociología *main/malestream* no suelen atender recíprocamente –salvo contadas excepciones- a las aportaciones de la epistemología feminista²⁴.

- *Cuestionamiento del individualismo epistémico.* Frente a la tradición heredada que vinculaba la producción del conocimiento al ejercicio de una mente autónoma, independiente y aislada –la posición del sujeto cartesiano capaz de afirmar “pienso, luego existo”-, las epistemólogas feministas van a incidir en el carácter social de todo conocimiento. De este modo, promueven, en primer lugar una concepción de la *ciencia como prácticas sociales*. Este aspecto incidiría no solo en el conocimiento como *producto* colectivo, sino también como *práctica* o ejercicio social, en lugar de concebirla como una institución estática de acumulación de saber.

En segundo lugar, se plantea una dura crítica a la visión del científico como *sujeto autónomo independiente del contexto social, aislado y neutral*. No solo se critica la figura heroica del descubridor solitario, sino que se destaca la imposibilidad de aislarse de un contexto social en el que ineludiblemente estamos inmersos. Más aún, frente a los requerimientos de distanciamiento de la ciencia al uso, determinadas teóricas van a incidir en la posibilidad de establecer otro tipo de relaciones no caracterizadas por una dicotomía rígida sujeto-objeto. Evelyn Fox Keller (1991) por ejemplo aboga por el desarrollo de formas alternativas de conocimiento que potencien una “objetividad dinámica-relacional”.

Igualmente, se va a plantear la importancia de la *comunidad científica* en la producción de conocimiento (Nelson, 1993; Longino, 1993). Algunas autoras han destacado no solo que la ciencia es un ejercicio colectivo, sino que no todas las posiciones son equivalentes y poseen diferentes condiciones de posibilidad o imposibilidad para el desarrollo de un saber aceptado (Harding, 1986/1996, 1991). En este sentido, se ha defendido la inclusión de la máxima pluralidad de perspectivas –lo que implica la participación de grupos tradicionalmente excluidos de la producción del saber científico- con el objetivo de facilitar el cuestionamiento del trasfondo de los valores hegemónicos constitutivos de la ciencia, marcando su carácter político y parcial. Se trataría de una

²⁴ No son muchos los intentos de establecer diálogos entre las epistemologías feministas y los estudios sociales del conocimiento científico, si bien constituye una línea de trabajo con interesantes potencialidades. Nos encontramos con una situación de asimetría en los diálogos y acercamientos que reproduce la tendencia generalizada a considerar las cuestiones de género-mujeres –pero también de raza o sexualidad, etc.- como aspectos particulares. De este modo las feministas sí conocen y manejan la literatura *malestream*, pero la reciprocidad está lejos de estar asegurada. Entre los intentos de poner en relación ambas perspectivas, destacar el trabajo de Harding (1986/1996), Kenneth Gergen (1988), Keller (1994), Joseph Rouse (1996) o González García (1999).

especie de “gestión productiva de la diversidad” de la comunidad científica que redundaría en un conocimiento más objetivo e intentaría evitar igualmente las complicidades de la producción científica con el mantenimiento y naturalización de las jerarquizaciones y exclusiones sociales (Longino, 1993).

Por otro lado, las prácticas científicas también han sido analizadas en tanto prácticas laborales y a los científicos en tanto simples trabajadores -atendiendo a cuestiones como la precariedad, la doble presencia, etc.-.

- *Relevancia del sujeto cognoscente en la producción del conocimiento.* Vinculado al cuestionamiento del individualismo, las epistemólogas feministas destacan el papel de los sujetos empíricos –frente al modelo de sujeto lógico- en la producción de conocimiento científico. De este modo van a criticar el carácter trascendental, neutro y universal del sujeto del conocimiento en las concepciones tradicionales de la ciencia. El sujeto de la ciencia así definido se presenta como incorpóreo, degenerado, no-marcado y ahistórico. Pero tras esa pantalla invisibilizadora, el sujeto-científico posee un cuerpo, un género y una sexualidad, una adscripción étnica, una posición social y habita un contexto espacio-temporal determinado. La contribución específica de las teóricas feministas al desmantelamiento del sujeto tradicional consiste precisamente en revelar su masculinidad, mostrando que la alegada universalidad-neutralidad del sujeto es una ficción. No solo eso, para autoras como Keller (1991) la ciencia con su distinción radical entre sujeto-objeto y sus promesas de control y dominio sobre la naturaleza *selecciona* a aquellos individuos para los cuales dichas promesas suponen un consuelo emocional. La socialización en la masculinidad con su doble desidentificación – del yo y de género- fomenta un tipo de “autonomía rígida” que se adapta perfectamente a los preceptos de la ciencia moderna baconiana.

En este sentido, diferentes autoras han destacado cómo la *subjetividad* influye el conocimiento (Lorraine Code, 1993), y cómo el género se muestra como un aspecto relevante ya sea debido a los procesos de socialización diferenciales (Keller, 1991), o al privilegio epistémico de una posición subordinada (Harding, 1986/1996). Sin embargo, como han desarrollado feministas lesbianas, negras, latinas y de procedencia postcolonial (Collins, 2000; Anzaldúa, 1987), el género nunca se presenta aislado, sino que siempre se entrelaza con otras diferencias significativas -marcadas o no marcadas-. Más aún, no en todos los casos el género se constituye en el eje de opresión más relevante –como por ejemplo en casos de relaciones de opresión entre mujeres -.

Por otro lado, algunas epistemólogas feministas han destacado la importancia del *cuerpo* en la producción de conocimiento. El sujeto cartesiano de la ciencia al uso se desentiende del cuerpo en aras de una racionalidad descrita en términos puramente mentales. Frente a este planteamiento que refuerza dicotomías mente/cuerpo, dentro/fuera, teóricas como Elizabeth Grosz (1993) han abogado por un reconocimiento y atención al cuerpo -un cuerpo socioculturalmente inscrito y marcado por relaciones desiguales de poder- como un método para trascender la rigidez de la lógica binaria racional.

Ruptura con las dualidades universalismo-relativismo, realismo-construccionismo. Las epistemólogas feministas no solo parten de la imposibilidad de una ciencia neutral y libre de valores practicada por un sujeto universal y autónomo –el “ojo-de-dios” que mira desde ninguna parte- tal y como defendían los filósofos del positivismo lógico; también rechazan su reverso gemelo, el relativismo epistemológico -igualmente totalizador desde su promesa de visión desde todas las partes-. Ambos son como dirá Haraway (1995) “trucos divinos” que preservan el statu quo, ya sea desde la invisibilización naturalizadora del universalismo, ya sea desde la imposición “irresponsable” de la ley del más fuerte

en el relativismo. Frente a estos gemelos divinos contruidos como dicotomías insalvables, las epistemólogas feministas pretenden abrir puentes abogando por nuevas formas de objetividad políticamente responsables. Así, la idea de una verdad única y total se pone en entredicho en beneficio de teorizaciones que abogan por el desarrollo de conocimientos situados, parciales y responsables sometidos a una revisión crítica sostenida (Haraway, 1995).

Carácter situado del conocimiento y crítica a la “objetividad” tradicional de la ciencia. El rechazo de las epistemologías feministas a los criterios totalizantes del universalismo y del relativismo, hace que la localización social del sujeto conocedor resulte epistemológicamente relevante. Frente a la “mirada conquistadora desde ninguna parte” de los varones blancos invisibilizados, Donna Haraway (1995) va a defender un proyecto de ciencia feminista que abogue por un modelo de objetividad encarnada: los *conocimientos situados*. El concepto de conocimientos situados incide precisamente en que la mayor objetividad y validez de un conocimiento no se encontraría poniendo sus condiciones de producción, su situación y las relaciones en las que se inscribe bajo el paraguas de una pretendida asepsia; ni tampoco en la imposición de pretendidos universalismos que resultan particularismos socio-histórica y geo-políticamente generados; por el contrario, la mayor objetividad se produce al dar cuenta de las posiciones de partida y las relaciones en que nos inscribimos, considerando nuestra parcialidad y contingencia. Esta concepción de una objetividad feminista encarnada –una “objetividad fuerte” en términos de Harding (1986/1996; 1991)- sitúa lo político en la misma base de la producción de conocimiento. Pero reconocer las implicaciones políticas de una posición o de un conocimiento, lejos de invalidarlo como ideología o de conducirnos a un relativismo del todo-vale, emplaza a estas dos autoras a una producción de conocimiento socialmente comprometida y responsable. Este carácter responsable de los conocimientos situados, presupone la aplicación de una *reflexividad fuerte* (Harding, 1986/1996) donde los sujetos de conocimiento son examinados en los mismos términos que los objetos de conocimiento. Lejos de presuponer una distancia aséptica, la reflexividad fuerte supone una participación comprometida por la cual el sujeto de conocimiento no se desvincula del proceso de investigación y los efectos que provoca.

Carácter prescriptivo/normativo de las epistemologías feministas: objetividad vinculada a democratización del conocimiento. Como quedó apuntado al comienzo del epígrafe las epistemólogas «feministas tienen que insistir en una mejor descripción del mundo» (Haraway, 1995: 321), un espíritu de transformación social que incide en la responsabilidad y el compromiso como estrategias dirigidas a la producción de una mejor ciencia. De este modo y a diferencia del carácter supuestamente independiente de la “ciencia al uso” que mantienen los defensores de posturas internalistas, para las epistemólogas feministas la consecución de sus planteamientos de objetividad requieren de una organización democrática tanto de la sociedad como de la comunidad científica que supere las visiones meritocráticas tradicionales.

Aunque de formas diferentes, sostienen que existen posturas desde fuera de los grupos “normativos” que son privilegiadas para visibilizar y poner en cuestión lo no cuestionado de la ciencia, y por lo tanto necesarias para la consecución de una mayor objetividad: ya sea favoreciendo espacios de “democracia cognitiva” que garanticen la inclusión de todas las perspectivas socialmente relevantes con el objeto de anular las idiosincrasias particulares (Longino, 1990; 1993; 2002); ya sea privilegiando epistemológicamente el punto de vista de los grupos marginalizados y especialmente posiciones múltiples y contradictorias “intrusas” o de “conciencia bifurcada” en cuya tensión y conflicto se produce un conocimiento más reflexivo y por tanto más crítico y objetivo (Smith, 1987; Collins, 2002; Harding, 1986/1996; 1991); ya sea buscando las articulaciones precarias, contingentes y

parciales entre las múltiples posiciones subyugadas (Hill Collins, 2000; Haraway, 1995; 1999). En este sentido, tanto las teorías como las prácticas políticas feministas no solo no son incompatibles con los análisis epistemológicos de la ciencia, sino que redundan en condiciones de posibilidad para una ciencia más justa socialmente y más objetiva: «resulta evidente que la búsqueda del conocimiento requiere de políticas democráticas y participativas. Si éste no fuera el caso, solo las élites de género, raza, sexualidad y clase que predominan en las instituciones de búsqueda de conocimiento, tendrán la oportunidad de decidir cómo plantear sus preguntas de investigación, y tenemos suficientes razones para sospechar de la localización histórica desde donde tales preguntas serán de hecho planteadas.» (Harding, 1991: 124).

Referencias

- Adlam, D.; Henriques, J.; Rose, N. ; Salfield, A.; Venn, C. & Walkerdine, V. (1977). Psychology, ideology and the human subject. *Ideology & Consciousness*, 1, 5-56.
- Alcoff, L. & Potter, E. (Ed.) (1993). *Feminist Epistemologies*. New York and London: Routledge.
- Álvarez-Uría, F. y Varela, J. (1986). *Las redes de la psicología*. Madrid: Libertarias.
- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute.
- Archer, J. (1987). Beyond sex differences: Comments on Borrill and Reid. *Bulletin of the British Psychological Society*. 40, 88-89.
- Baumeister, R. F. (1988). Should We Stop Studying Sex Differences Altogether? *American Psychologist*. 43, 1092-1095.
- Beauvoir, S. (1949). *El Segundo Sexo*. Madrid: Cátedra. 1998.
- Bem, S. L. (1993). *The Lenses of Gender. Transforming the Debate on Sexual Inequality*. New Haven and London: Yale University Press.
- Bernstein, M. D. y Russo, N. F. (1974). The History of Psychology Revisited. Or, Up with Our Foremothers. *American Psychologist*. 29, 130-134.
- Bohan, J. S. (1992). Contextual History: A Framework for Re-Placing Women in the History of Psychology. En J. S. Bohan (Ed.), *Re-placing Women in Psychology. Readings Toward a More Inclusive History* (pp. 44-56). Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.
- Boring, E. G. (1951). The Woman Problem. *American Psychologist*. 6, 679-682.
- Borrill, J. y Reid, B. (1986). Are British Psychologists Interested in Sex Differences? *Bulletin of the British Psychological Society*. 39, 286-288.
- Brown, L. S. (1989). New Voices, New Visions. Toward a Lesbian/Gay Paradigm for Psychology. *Psychology of Women Quarterly*. 13, 445-458.
- Brown, L. S. (1992). While waiting for the revolution: the case for a lesbian feminist psychotherapy. *Feminism & Psychology*. 2 (2), 239-253.
- Burman E. (Ed.) (1990). *Feminists and Psychological Practice*. London: Sage.

- Burman, E. (Ed.) (1998a). *Deconstructing Feminist Psychology*. London: Sage.
- Burman, E. (1998b). *La Deconstrucción de la Psicología Evolutiva*. Madrid: Visor.
- Buss, A. R. (Ed.) (1979). *Psychology in Social Context*. New York: Irvington.
- Butler, J. (1990). *El género en disputa*. México: Paidós. 2001.
- Callon, M.(1998). El proceso de construcción de la sociedad. El estudio de la tecnología como herramienta para el análisis sociológico. En M. Doménech y F.J. Tirado (Eds.), *Sociología Simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad* (pp.143-170). Barcelona: Gedisa.
- Canguilhem, G.(1958/1980). What is Psychology? *Ideology & Consciousness*. 7, 37-50.
- Capshew, J. H. y Laszlo, A. C. (1986). "We would not take no for an answer": Women Psychologists and Gender Politics During World War II. *Journal of Social Issues*. 42 (1), 157-180.
- Chesler, P. (1972). *Women and Madness*. New York: Doubleday.
- Code, L. (1993). Taking Subjectivity into Account. En L. Alcoff y E. Potter (Eds.), *Feminist Epistemologies* (pp. 15-48). New York and London: Routledge.
- Collins, P.H. (2000). *Black Feminist Thought*. (2ª ed). New York and London: Routledge.
- Comas-Diaz, L. (1991). Feminism and Diversity in Psychology. The case of women of colour. *Psychology of Women Quarterly*. 15, 597-609.
- Crosby, F. (1984). The denial of personal discrimination. *American Behavioral Scientist*. 27, 371-386.
- Denmark, F.; Russo, N. F.; Frieze, I.H. y Sechzer, J. A. (1988). Guidelines for Avoiding Sexism in Psychological Research. *American Psychologist*. 43, 582-585.
- Doménech, M. (1998). El problema de "lo social" en la Psicología Social. Algunas consideraciones desde la Sociología del Conocimiento Científico. *Anthropos*. 177, 34-39.
- Doménech, M.; Íñiguez, L.; Pallí, C. y Tirado, F. J. (2000). La contribución de la psicología social al estudio de la ciencia. *Anuario de Psicología*. 31_3, 77-93.
- Eagly, A. H. (1987). Reporting Sex Differences. *American Psychologist*. 42, 756-757.
- Eagly, A. H. (1990). On the Advantages of Reporting Sex Comparisons. *American Psychologist*. 45, 560-563.
- Eagly, A. H. (1994). On Comparing Women and Men. *Feminism & Psychology*. 4_4, 513-522.
- Fernández Villanueva, C. (1982). La mujer y la psicología. En M. A. Durán (Ed.), *Liberación y utopía* (pp. 81-102). Madrid: Akal.
- Fidell, L. (1970). Empirical Verification of Sex Discrimination in Hiring Practices in Psychology. *American Psychologist*. 25, 1094-1098.
- Figes, E. (1972). *Actitudes Patriarcales*. Madrid: Alianza. 1982.

- Fine, M. y Gordon, S. M. (1989). Feminist Transformations of/Despite Psychology. En M. Crawford & M. Gentry (Eds.), *Gender and Thought: Psychological Perspectives* (pp. 146-174). New York: Springer-Verlag.
- Firestone, S. (1970). *La dialéctica del sexo*. Barcelona: Kairós. 1976.
- Fjeld, H. A. & Ames, L. B. (1950). Women Psychologists: Their Work, Training, and Professional Opportunities. *Journal of Social Psychology*. 31, 69-94.
- Friedan, B. (1963). *La Mística de la Feminidad*. Madrid: Júcar. 1974.
- Furumoto, L. (1992). The New History of Psychology. En J. S. Bohan (Ed.), *Re-placing Women in Psychology. Readings Toward a More Inclusive History* (pp. 11-30). Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.
- García Selgas, F. (2002). Preámbulo para una ontología política de la fluidez social. *Athenea Digital*. 1. www.blues.uab.es/athenea.
- Gergen, K. J. (1998). La psicología social como historia. *Anthropos*. 177, 39-49.
- Gergen, K. J. (1988). Feminist Critique of Science and the Challenge of Social Epistemology. En M. M. Gergen (Ed.), *Feminist thought and the structure of knowledge* (pp. 27-48). New York: New York University Press.
- Gergen, K. J. (1989). La psicología posmoderna y la retórica de la realidad. En T. Ibáñez (Coord.), *El conocimiento de la realidad social* (pp. 157-186). Barcelona: Sendai.
- Giere, R. (1988). *Explaining Science*. Chicago: University of Chicago Press.
- Goldberg, P. A. (1968). Are Women Prejudiced Against Women? *Transaction*. April, 28-30.
- González García, M. I. (1999). El estudio social de la ciencia en clave feminista: género y sociología del conocimiento científico. En M. J. Barral, C. Magallón, C. Miqueo y M. D. Sánchez (Eds.), *Interacciones ciencia y género* (pp. 39-62). Barcelona: Icaria.
- González García, M. I. (2002). Género y conocimiento. En J. A. López Cerezo y J. M. Sánchez Ron (Ed.) *Ciencia, Tecnología, Sociedad y Cultura en el cambio de siglo* (pp. 347-358). Madrid: De la Torre.
- González García, M. I. y Pérez Sedeño, E. (2002). Ciencia, tecnología y género. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología, Sociedad e Innovación*. 2.
- Goodenough, F. L. (1944). Expanding Opportunities for Women Psychologists in the Post-war period of civil and military organization. *The Psychological Bulletin*. 41 (10), 706-712.
- Gould, S. J. (1997). *La falsa medida del hombre*. Barcelona: Crítica.
- Greer, G. (1971). *The Female Eunuch*. New York: McGraw-Hill.
- Grosz, E. (1993). Bodies and Knowledges: Feminism and the Crisis of Reason. En L. Alcoff & E. Potter (Eds.), *Feminist Epistemologies* (pp. 187-216). New York and London: Routledge.
- Guthrie, R. V. (1976). *Even the rat was white*. New York: Harper & Row.

- Hall, C. I. (1997). Cultural Malpractice. The Growing Obsolescence of Psychology with the Changing U.S. Population. *American Psychologist*. 52, 642-651.
- Haraway, D. J. (1989). *Primate Visions. Gender, Race, and Nature in the World of Modern Science*. London and New York: Routledge.
- Haraway, D. J. (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Haraway, D. J. (1997). *Modest_Witness@Second_Millennium.FemaleMan@_Meets_OncoMouse™*. Nueva York y Londres: Routledge.
- Haraway, D. J. (1999). Las promesas de los monstruos: Una política regeneradora para otros inapropiados /inapropiables. *Política y Sociedad*. 30, 121-163.
- Harding, S. (1986). *Ciencia y feminismo*. Madrid: Morata. 1996.
- Harding, S. (1991). *Whose Science? Whose Knowledge? Thinking from Women's Lives*. Buckingham: Open University Press.
- Hare-Mustin, R. T. & Marecek, J. (1988). The Meaning of Difference. Gender Theory, Postmodernism, and Psychology. *American Psychologist*, 43, 455-464.
- Hare-Mustin, R. T. y Marecek, J. (1994). *Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos*. Barcelona: Herder.
- Harris, B. (1997). Repoliticizing the History of Psychology. En D. Fox e I. Prilleltensky (Eds.), *Critical Psychology. An Introduction* (pp.21-33). London: Sage.
- Hayles, N. K. (1986). Anger in different voices: Carol Gilligan and The Mill on the Floss. *Signs*. 12, 23-39.
- Henley, N. M. (1985). Psychology and Gender. Review Essay. *Signs*. 11 (1), 101-119.
- Herman, E. (1994). *Psychiatry, Psychology, and Homosexuality*. New York y Philadelphia: Chelsea House Publishers.
- Herman, E. (1995). *The romance of American Psychology*. Berkeley, Los Angeles and London: University of California Press.
- Hollway, W. (1989). *Subjectivity and Method in Psychology. Gender, Meaning and Science*. London: Sage.
- Hyde, J. S. (1994a). Can meta-analysis make feminist transformations in Psychology? *Psychology of Women Quarterly*. 18, 451-462.
- Hyde, J. S. (1994b). Should Psychologists Study Gender Differences? Yes, With Some Guidelines. *Feminism & Psychology*. 4 (4), 507-512.
- Hyde, J. S. (1995). *Psicología de la mujer. La otra mitad de la experiencia humana*. Madrid: Morata.
- Ibáñez, T. (1985). Ciencia, retórica de la "verdad" y relativismo. *Archipiélago*. 20, 33-40.

- Ingleby, D. (1972). Ideology and the human science: some comments on the role of reification in psychology and psychiatry. En T. Pateman (Ed.), *Counter Course: A Handbook for Course Criticism* (pp. 51-81). Harmondsworth: Penguin.
- Jiménez Burillo, F. (1997). *Notas sobre la fragmentación de la razón*. Madrid: UCM.
- Keller, E.F.(1991). *Reflexiones sobre género y ciencia*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim.
- Keller, E.F. (1994). El sistema género/ciencia: o ¿es el sexo al género lo que la naturaleza a la ciencia?. En Centro feminista de estudios y documentación (Ed.), *La mujer y la ciencia. Cuadernos para el debate* (pp. 45-60). Madrid: Instituto de la Mujer.
- Kitzinger, C. (1990). Resisting the Discipline. En E. Burman (Ed.), *Feminists and Psychological Practice* (pp. 119-134). London: Sage.
- Kitzinger, C. (1994). Should Psychologists Study Sex Differences? *Feminism & Psychology*. 4 (4), 501-506.
- Kitzinger, C. (1999). Lesbian and gay psychology. Is it critical? *Annual Review of Critical Psychology*. 1, 50-66.
- Kitzinger, C. y Perkins, R. (1993). *Changing Our Minds. Lesbian Feminism and Psychology*. London: Only Women Press.
- Kuhn, T. S. (1962). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.1995.
- Landrine, H. (Ed.) (1995). *Bringing Cultural Diversity to Feminist Psychology*. Washington: American Psychological Association.
- Latour, B. (1983). Dadme un laboratorio y moveré el mundo. En J. M. Iranzo; J. R. Blanco; T. González de la Fe; C. Torres y A. Cotillo (Ed.), *Sociología de la Ciencia y la Tecnología* (pp. 237-258). Madrid: CSIC. 1995.
- Latour, B. (1992). *Ciencia en acción*. Barcelona: Labor.
- Latour, B. (2000). When Things Strike Back: a possible contribution of "science studies" to the social sciences. *British Journal of Sociology*. 51 (1), 107-123.
- Latour, B. y Woolgar, S.(1979). *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza.1995.
- Laws, J. (1975). The Psychology of Tokenism: An analysis. *Sex Roles*. 1, 51-67.
- Lewin, M. (Ed.) (1984). *In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes*. New York: Columbia University Press.
- Loevinger, J. (1948). Professional Ethics for Women Psychologists. *American Psychologist*. 3, 551.
- Longino, H. E. (1990). *Science as Social Knowledge*. Princeton: Princeton University Press.
- Longino, H. E. (1993). Subject, Power and Knowledge: Description and prescription in feminist philosophies of science. En L. Alcoff and E. Potter (Eds.), *Feminist Epistemologies* (pp. 101-120). New York and London: Routledge.

- Longino, H. E. (2002). *The Fate of Knowledge*. Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- López Cerezo, J. A.; Sanmartín, J. y González García, M. I. (1994). El estado de la cuestión. Filosofía actual de la ciencia. *Diálogo filosófico*. 29, 164-208.
- Lott, B. (1994). Naturalezas duales o conducta aprendida: el desafío de la psicología feminista. En R. T. Hare-Mustin y J. Marecek (Eds.), *Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos* (pp. 87-128). Barcelona: Herder.
- Lykes, M. B. y Stewart, A. J. (1986). Evaluating the feminist challenge to research in personality and social psychology: 1963-1983. *Psychology of Women Quarterly*. 10, 393-412.
- Maccoby, E. y Jacklin, C. (1974). *The psychology of sex differences*. Palo Alto: Stanford University Press.
- McHugh, M. C.; Koeske, R. D. y Frieze, I. H. (1986). Issues to Consider in Conducting Non sexist Psychological Research. A Guide for Researchers. *American Psychologist*. 41, 879-890.
- Mednick, M. T. (1989). On the Politics of Psychological Constructs. Stop the bandwagon, I want to get off. *American Psychologist*. 44 (8), 1118-1123.
- Merton, R. K. (1960). "Reconocimiento" y "excelencia": Ambigüedades instructivas. En *La sociología de la ciencia, vol.2* (pp. 531-553). Madrid: Alianza. 1985.
- Merton, R. K. (1963). La ambivalencia de los científicos. En *La sociología de la ciencia, vol.2* (pp. 491-524). Madrid: Alianza. 1985.
- Merton, R. K. (1968a). El efecto Mateo en la ciencia. En *La sociología de la ciencia, vol.2* (pp. 554-578). Madrid: Alianza. 1985.
- Merton, R. K. (1968b/1985). Las pautas de conducta de los científicos. En *La sociología de la ciencia, vol.2* (pp. 423-443). Madrid: Alianza. 1985.
- Millett, K. (1969). *Política Sexual*. Madrid: Cátedra. 1995.
- Millett, K. (1974). *En pleno vuelo*. Barcelona: Hacer Editorial.1990.
- Millett, K. (1990). *The Loony-Bin Trip*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press. 2000.
- Mitchell, M. (1951). Status of Women in the American Psychological Association. *American Psychologist*. 6, 193-201.
- Morawski, J. G. (1982). Assessing Psychology's Moral Heritage Through Our Neglected Utopias. *American Psychologist*. 37 (10), 1082-1095.
- Morawski, J. G. (1984a). Historiography as a Metatheoretical Text for Social Psychology. En K. J. Gergen y M. M. Gergen (Eds.), *Historical Social Psychology* (pp. 37-60). Hillsdale, New Jersey, London: Lawrence Erlbaum Associates.
- Morawski, J. G. (1984b). Not quite new worlds: Psychologists's conceptions of the ideal family in the twenties. En M. Lewin (Ed.), *In the Shadow of the Past: Psychology Portrays the Sexes* (pp. 97-125). New York: Columbia University Press.

- Morawski, J. G. (1985). The measurement of masculinity and femininity: Engendering categorical realities. *Journal of Personality*. 53 (2), 196-223.
- Morawski, J. G. (1988). Impossible Experiments and Practical Constructions: The Social Bases of Psychologists' Work. En J. G. Morawski (Ed.), *The Rise of Experimentation in American Psychology* (pp. 72-93). New Haven: Yale University Press.
- Morawski, J. G. (1994). Hacia lo no imaginado. Feminismo y epistemología en psicología. En R. T. Hare-Mustin y J. Marecek (Eds.), *Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos* (pp. 181-218). Barcelona: Herder.
- Morawski, J. G. (1997). *Practicing Feminisms, Reconstructing Psychology*. Michigan: The University of Michigan Press.
- Morawski, J. G. y Goldstein, S. E. (1985). Psychology and Nuclear War. A Chapter in Our Legacy of Social Responsibility. *American Psychologist*. 40 (3), 276-284.
- Morin, S. (1977). Heterosexual bias in psychological research on lesbianism and male homosexuality. *American Psychologist*. 32, 629-637.
- Moscovici, S. (1993). Toward a Social Psychology of Science. *Journal for the Theory of Social Behaviour*. 23 (4), 343-374.
- Mulkay, M.I. (1969). El crecimiento cultural en la ciencia. En B. Barnes, T. S. Kuhn, R. K. Merton y otros, *Estudios sobre sociología de la ciencia* (pp. 125-140). Madrid: Alianza. 1980.
- Nelson, L. H. (1993). Epistemological Communities. En L. Alcoff & E. Potter (Eds.), *Feminist Epistemologies* (pp. 121-160). New York and London: Routledge.
- Nicolson, P. (1995). Feminism and Psychology. En J. A. Smith, R. Harré y L. Van Langenhove (Eds.), *Rethinking Psychology* (pp. 122-142). London, Thousand Oaks, New Delhi: Sage.
- Pablo, F. de (2000). Mujer y ciencia desde la Europa del Sur. *El País Digital*., Extraído el 5 de enero de 2000 de <http://www.elpais.es/p/d/suplemen/futuro/fut0105f.htm>>
- Pallí, C. e Iñiguez, L. (1997, septiembre). *La psicología social de la ciencia: revisión y discusión de su estado actual*. Comunicación presentada en el Congreso Nacional de Psicología Social. San Sebastián.
- Parlee, M. B. (1975). *Review Essay: Psychology*. *Signs*. 1, 119-138.
- Parlee, M. B. (1979). Psychology and Women. *Review Essay*. *Signs*. 5, 121-133.
- Pérez Sedeño, E. (2000). ¿El poder de una ilusión? Ciencia, Género y Feminismo. En M. T. López de la Vieja (Ed.), *Feminismo: del pasado al presente* (pp. 103-116). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Pion, G.M.; Mednick, M.T.; Astin, H.S.; Hall, C.I.; Kenkel, M.B.; Keita, G.P.; Kohout, J.L. y Kelleher; J.C. (1996). The Shifting Gender Composition of Psychology. Trends and Implications for the Discipline. *American Psychologist*. 51, 509-528.
- Potter, J. (1998). *La representación de la realidad. Discurso, retórica y construcción social*. Barcelona: Paidós.

- Prilleltensky, I. (1989). Psychology and the Status Quo. *American Psychologist*. 44 (5), 795-802.
- Quine, W. Van O. (1969). *Ontological Relativity and Other Essays*. New York: Columbia University Press.
- Richards, G. (1997). *"Race", Racism and Psychology. Towards a Reflexive History*. London and New York: Routledge.
- Riger, S. (1992). Epistemological Debates, Feminist Voices. Science, Social Values, and the Study of Women. *American Psychologist*. 47 (6), 730-740.
- Rose, N. (1979). The psychological complex: mental measurement and social administration. *Ideology & Consciousness*. 4, 5-68.
- Rosenwein, R. E. (1994). Social Influence in Science: Agreement and Dissent in Achieving Scientific Consensus. En W. R. Shadish y S. Fuller (Eds.), *The Social Psychology of Science* (pp. 262-285). New York: The Guilford Press.
- Rossi, A. (1964). Equality between de Sexes: An Immodest Proposal. *Daedalus*. 93 (2), 607-652.
- Rossi, A. (1965). The Case against Full-time Motherhood. *Redbook*. 51, 129-131.
- Rossi, Alice (1965). Women in Science: Why So Few? *Science*. 148, 1196-1202.
- Rossiter, M.W. (1993). The ~~Matthew~~ Matilda Effect in Science. *Social Studies of Science*. 23, 325-341.
- Rossiter, M. W. (1995). *Women Scientists in America. Before Affirmative Action 1940-1972*. Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press.
- Rothblum, E. D. (1988). More on Reporting Sex Differences. *American Psychologist*. 43, 1095.
- Rouse, J. (1996). Feminism and the social construction if scientific knowledge. En L. Hankinson Nelson and J. Nelson (eds.), *Feminism, Science, and the Philosophy of Science (195-215)*. Dordrecht/Boston/London: Kluwer Academic Publishers.
- Russo, N. F. & Denmark, F. L. (1987). Contributions of Women to Psychology. *Annual Review of Psychology*. 38, 279-298.
- Sampson, E. (1983). *Justice and the Critique of Pure Psychology*. New York: Plenum.
- Scarborough, E. y Furumoto, L. (1987). *Untold Lives: The First Generation of American Women Psychologists*. Nueva York: Columbia University Press.
- Sherif, C. W.(1979). What every intelligent person should know about Psychology and Women. En E. C. Snyder (Ed.), *The Study of Women: Enlarging perspectives of social reality*(pp. 143-183). New York: Harper & Row.
- Sherif, C. W. (1979). Ethnocentrism, Androcentism, and Sexist Bias in Psychology. En S. Harding (Ed.), *Feminism and Methodology* (pp. 39-96). Bloomington/Milton Keynes: Indiana University Press. 1987
- Sherman, J. y Denmark, F. (Eds.) (1978). *The Psychology of Women: Future Direction of Research*. New York: Psychological Dimensions.

- Shadish, W. R. y Fuller, S. (Eds.) (1994). *The Social Psychology of Science*. New York: The Gilford Press.
- Shapin, S. (1975). El conocimiento frenológico y la estructura social del Edimburgo de principios del diecinueve. En C. Solís (Ed.), *Razones e Intereses. La historia de la ciencia después de Khun (179-216)*. Barcelona, Buenos Aires, México: Paidós.1994.
- Smith, D. E. (1987). Women's Perspectives as a Radical Critique of Sociology. En S. Harding (Ed.), *Feminism and Methodology* (pp. 84-96). Bloomington, Milton Keynes: Indiana University Press.
- Solís, C. (Ed.) (1994). *Razones e intereses. La historia de la ciencia después de Kuhn*. Barcelona: Paidós.
- Squire, C.. (1989). *Significant Differences. Feminism in Psychology*. London and New York: Routledge.
- Squire, C. (1990). Feminism as antipsychology: learning and teaching in feminist psychology. En E. Burman (Ed.), *Feminists and Psychological Practice* (pp. 76-88). London: Sage.
- Tanesini, A. (1999). *An Introduction to Feminist Epistemologies*. Oxford: Blackwell.
- Teghtsonian, M. (1974). Distribution by sex authors and editors in psychological journals. *American Psychologist*. 29, 262-269.
- Tiefer, L. (1991). A brief history of the Association for Women in Psychology: 1969-1991. *Psychology of Women Quarterly*. 15, 635-649.
- Unger, R. K. (1982). Advocacy versus scholarship revisited: Issues of the psychology of women. *Psychology of Women Quarterly*. 7, 5-17.
- Unger, R. K. (1994). Los reflejos imperfectos de la realidad: la psicología construye los roles sexuales. En R. T. Hare-Mustin y J. Marecek (Eds.), *Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos* (pp. 129-180). Barcelona: Herder.
- Unger, R. K. (1997). The three-sided mirror. Feminists looking at psychologists looking at women. En R. Fuller, P. N. Walsh & P. McGinley (Eds.), *A Century of Psychology. Progress, paradigms and prospects for the new millennium* (pp. 16-35). London and New York: Routledge.
- Unger, R. (1998). *Resisting Gender. Twenty-five years of Feminist Psychology*. London: Sage.
- Vaughter R. M. (1976). Review Essay: Psychology. *Signs*. 2 (1), 120-146.
- Walker, B. M. (1981). Psychology and Feminism –If you Can't Beat Them, Join Them. En D. Spender (Ed.), *Men's Studies Modified. The impact of feminism on the academic disciplines* (pp. 111-124). New York, Oxford, etc.: Pergamon Press.
- Weisstein, N. (1993). Psychology Constructs the Female; or, The Fantasy Life of the Male Psychologist (with Some Attention to the Fantasies of His Friends, the Male Biologist and the Male Anthropologist). *Feminism & Psychology*. 3 (2), 195-210.
- Weisstein, N. (1977). "How can a little girl like you teach a great big class of men?" the Chairman Said, and Other Adventures of a Woman in Science. En M. Crawford & R. K. Unger (Comp.), *In*

Our Own Words. Readings on the Psychology of Women and Gender (pp. 26-32). New York: The McGraw-Hill Companies.1997.

Weisstein, N. (1993). Power, resistance, and science: A call for a revitalized feminist psychology. *Feminism & Psychology*. 3, 239-245.

Wilkinson, S. (1990). Women organizing within psychology. En E. Burman (Ed.), *Feminists and Psychological Practice* (pp. 140-151). London: Sage.

Wilkinson, S. (1991). Why Psychology (Badly) Needs Feminism? En J. Aaron y S& Walby (Eds.), *Out of the Margins* (pp. 191-203). London: The Falmer Press.

Wilkinson, S. (1997). Feminist Psychology. En D. Fox y Prilleltensky (Ed.), *Critical Psychology. An Introduction* (pp. 247-264). London: Sage.

Wittig, M. A. (1985). Metatheoretical Dilemmas in the Psychology of Gender. *American Psychologist*. 40, 800-811.

Woolgar, S. (1991). *Abriendo la caja negra*. Barcelona: Anthropos.

Zuckerman, H.; Cole, J. R. & Bruer, J. T. (Eds.) (1991). *The Outer Circle. Women in the Scientific Community*. New York: Norton and Co.

Historia editorial

Recibido: 7 de octubre de 2003.

Aceptación definitiva: 28 de octubre de 2003.

Formato de citación

García Dauder, S. (2003). Fertilizaciones cruzadas entre la psicología social de la ciencia y los estudios feministas de la ciencia. *Athenea Digital*, 4, 109-150. Referencia. Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num4/dauder.pdf>